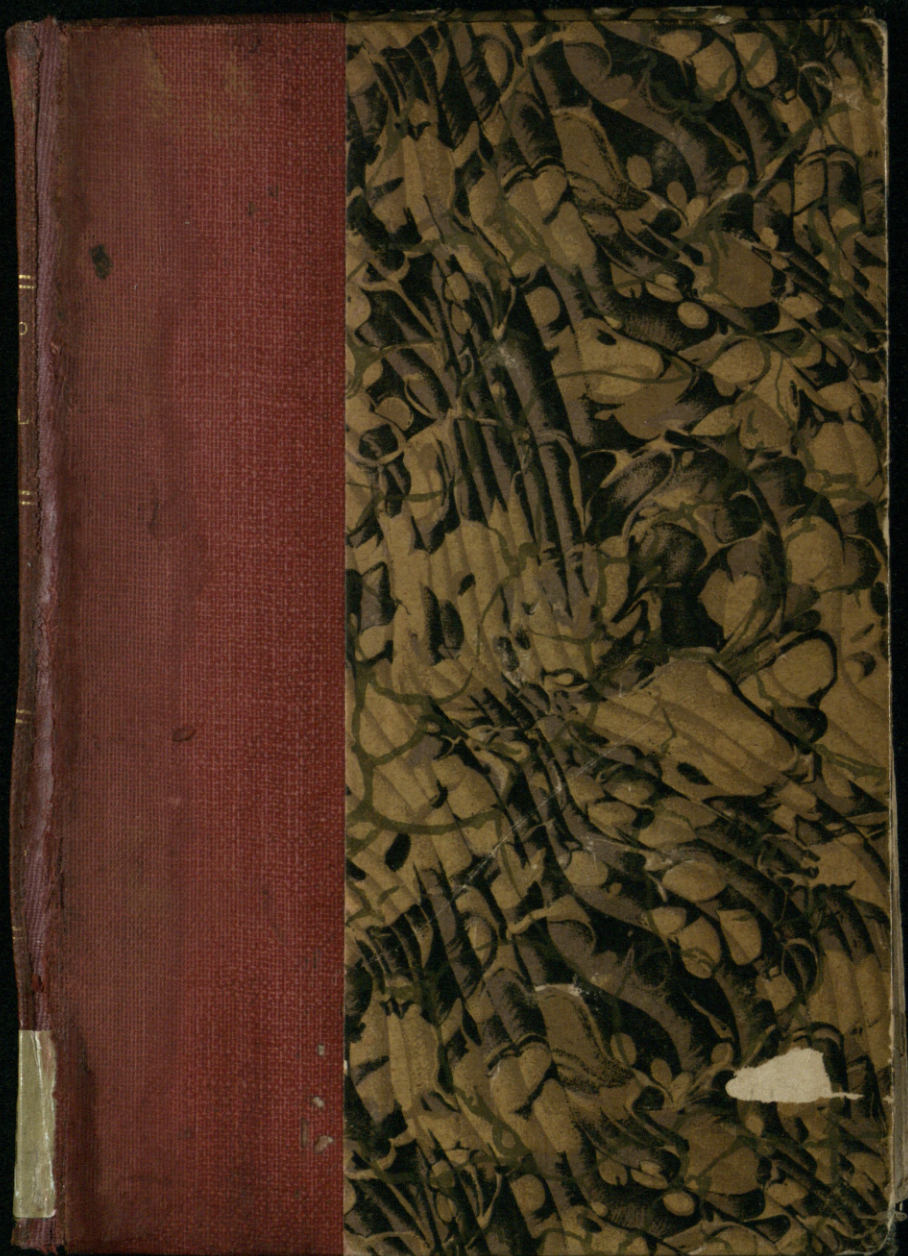
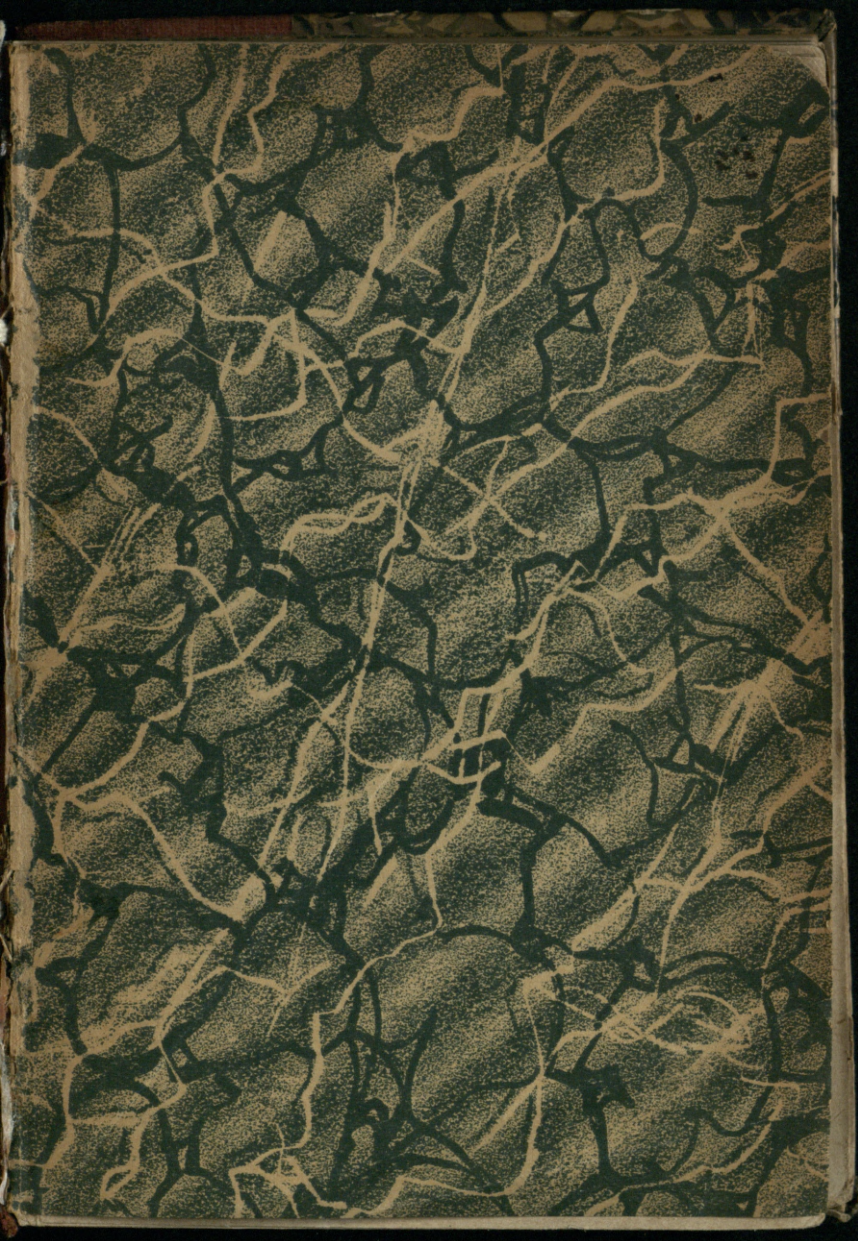




A
H - 10
5



00000670



664

TEXTOS ARREGLADOS AL NUEVO PLAN DE ESTUDIOS
DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

3° Y 4° GRADOS

669
NOCIONES PRÁCTICAS

DE MORAL

SEGUN LOS AUTORES MAS MODERNOS

Traducidas del francés, y adaptadas á los nuevos programas oficiales
de fecha 22 de Diciembre de 1887

POR

E. LAMADRID

Profesor Normal

25778 330



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

49 — PERÚ — 53

1888

18

109 x 168

ADVERTENCIA

Pedimos disculpa de antemano por las deficiencias que se noten en la traduccion y arreglo de esta obrita.

La ejemplificacion no ha podido sér completa, á causa de la escasez de tiempo con que ha sido preparada.

Hemos preferido aquellos ejemplos que se basan en un estudio exacto de las acciones humanas y sus lógicas consecuencias, los destinados á desarraigar preocupaciones absurdas y aquellos que levantan el amor patrio á la altura del heroismo.

Si no son muchos — lo que tampoco permitiría el carácter de la obra — en cambio son los que hemos encontrado buenos á nuestro humilde parecer.

E. L.

INTRODUCCION

Todos sabemos que hay acciones buenas y acciones malas. El robo, el asesinato, la calumnia, son acciones malas, porque violan derechos que mutuamente se reconocen los hombres. Tenemos el derecho de vivir, y cualquier accion que estorbe el uso de este derecho será considerada como una accion mala.

Por el contrario, un pobre sufre á nuestra vista, pero nosotros no tenemos la culpa de su pobreza ; sin embargo, le damos una limosna para aliviar sus miserias. Un hombre se ahoga sin que nosotros le hayamos arrojado al agua ; nuestro corazon aflijido á la vista de este hecho, nos impulsa á salvarle. Estas acciones son indudablemente buenas.

La moral nos enseña á distinguir las acciones buenas de las malas, y á obrar bien.

Las acciones que estudia, son las cometidas por el hombre. Si una piedra cae y lastima á una persona, la piedra no tiene la culpa de esa accion, pues ella no *conoce*, no *sabe* lo que hace.

El sol que da vida á las plantas no merece alabanzas por esa accion, porque el Sol lo hace sin saberlo y sin *quererlo*.

Para que una accion entre en los límites de la moral, es necesario que quien la ejecute *conozca* y *quiera*; en otros términos, que tenga *razon* y *libertad*. De donde se deduce que toda accion que no sea ejecutada por el hombre, no puede ser estudiada en la moral, pues éste es el único ser, dotado de *razon* y *libertad*.

Tan es así, que si un loco, es decir, un hombre falto temporalmente de razon, mata á otro, no se le considera culpable, pues no *conoce* lo que hace.

Si un hombre coloca un puñal en vuestra mano, toma vuestro brazo y hace que éste clave el puñal

en el pecho de otro hombre, vosotros no podreis ser castigados, pues, aunque sabiais el mal que causaría el puñal, lo hiciste obligado por la fuerza, contra vuestra *voluntad*. Privado el hombre de la razon ó de la libertad, se confunde con las cosas bajo el punto de vista de la Moral.

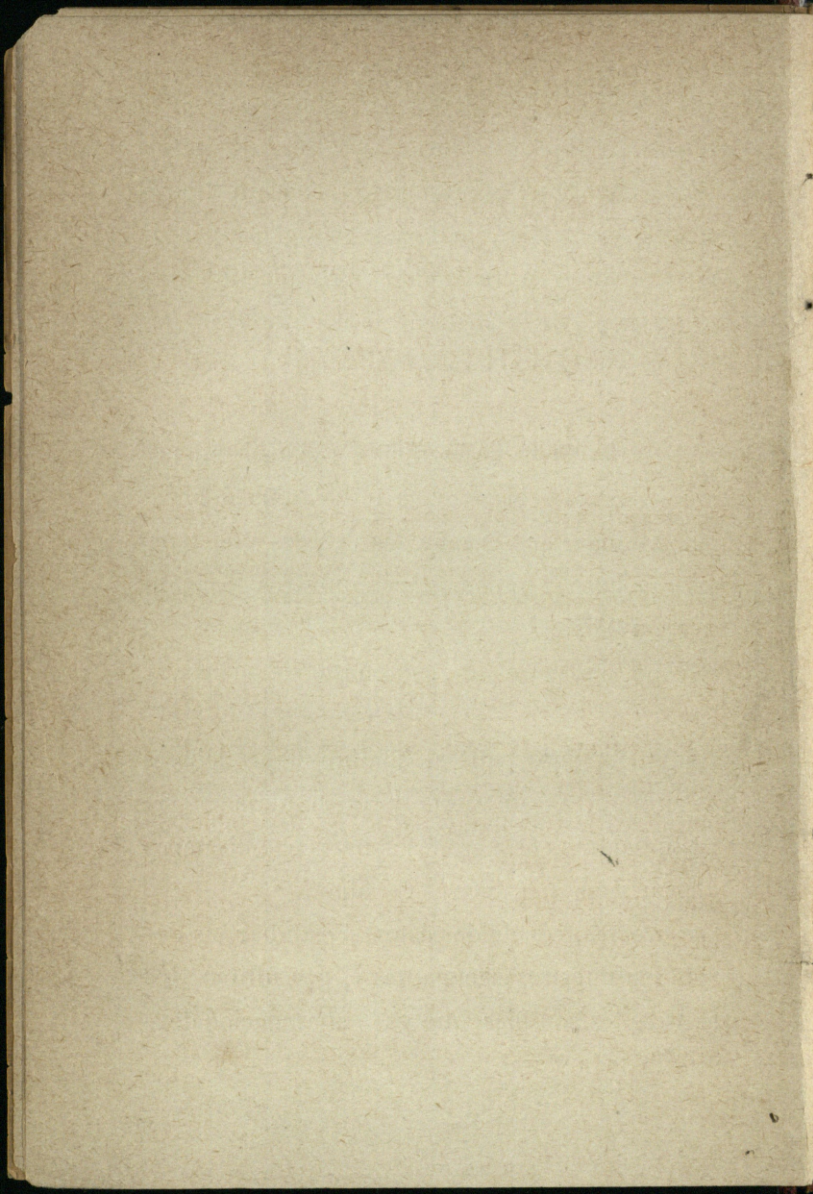
La Moral se divide en teórica y práctica; la teórica nos enseña á distinguir las acciones buenas de las malas, y la práctica nos enseña á obrar bien; es decir, nos enseña los deberes que tenemos con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con Dios.

El hombre es un sér compuesto de cuerpo y alma.

De modo, pues, que el hombre tiene deberes que cumplir con su cuerpo y con su alma.

Estudiaremos primero los deberes con el cuerpo y despues los que tiene con el alma.

Pasaremos, concluidos éstos, á estudiar los deberes con nuestros semejantes y, por último, los que tenemos con Dios, que es la encarnacion definitiva de toda Moral.



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

DEBERES PARA CONSIGO MISMO

El cuerpo: Aseo, sobriedad, gimnasia. — Perjuicios de la gula y embriaguez. — El alma. — Veracidad, estudio, trabajo. — Aversion á la ignorancia y á la pereza. — Modestia, paciencia, valor. — Dignidad personal.

Aseo

El primer deber que tenemos con el cuerpo: es el del *aseo*. La limpieza es condicion indispensable de una buena salud; su ausencia es la causa de muchas enfermedades y á veces de esas terribles epidemias que cuestan la vida á miles de personas. La limpieza es la señal de la probable existencia de virtudes de orden mas elevado.

El niño que comprende su dignidad, es aseado, su rostro y manos están siempre perfectamente

limpios. No se respeta á sí mismo, el que tiene siempre sus cabellos en desórden, desgarradas las ropas y descuida esos pequeños trabajos diarios de limpieza tan fáciles de hacer.

Sobriedad y templanza

La sobriedad quiere que demos á nuestro cuerpo todo lo que le sea útil y necesario ; la *intemperancia* por el contrario, pasa al abuso y no se detiene hasta llegar á la saciedad.

El hombre inmoderado es enemigo de sí mismo y el verdugo de su cuerpo, puesto que daña su salud y destruye poco á poco su vida.

Por el movimiento y por el trabajo, perdemos fuerzas; debemos recuperarlas por la alimentacion. Pero si los alimentos son indispensables á nuestra existencia, usados con moderacion, la acortan cuando se abusa. Comemos para poder vivir y no vivimos ni estamos en el mundo para comer.

Un sabio, Boerhaave, decia en su lecho de muerte: «dejo en el mundo tres grandes médicos que han de impedir mas enfermedades que todas las que yo he curado ».

« ¿Quiénes son? » le preguntaron.

« El ejercicio, el agua y la dieta ». Es decir, el trabajo y la sobriedad.

Franklin se contentó mucho tiempo con una sopa de harina de avena, que él mismo preparaba y un trozo de pan que comia con fruta.

Los niños pecan, sobre todo, por glotones y golosos. Se busca mas bien lo agradable al paladar, que lo útil al cuerpo, procediendo de un modo contrario al que aconseja la razon y la esperiencia.

La higiene que prohíbe todo exceso, prescribe tambien otras reglas para conservar la salud, como por ejemplo: ventilar la habitacion, la cama, los sitios donde se trabaja, evitar los pasajes repentinos del calor al frio, no esponerse á las corrientes de aire y otras que el sentido comun aprueba y reconoce.

Glotonería

El duque de Maguncia, Gefe de la Liga, era hombre á quien le gustaba mucho el comer bien, pasando en los placeres de la mesa todo el tiempo que le dejaba en paz su infatigable rival, Enrique IV. Rara vez salía de estos festines con la cabeza fría, y entónces era cuando, batía á Enrique IV, primero con la imaginacion, y luego en la realidad.

El dia de la batalla de Arques comió abundante-

mente segun su costumbre; á los postres le sirvieron un excelente melon, y cuando iba á comérselo, fueron á advertirle que la caballería de Enrique IV se había adelantado imprudentemente hasta un soto vecino, donde podía ser sorprendida y copada, si quería dar la orden para ello; los mensajeros añadieron que el ejército de la Liga, aprovechando de este triunfo adquirido sin trabajo, podría arrojarle de improviso al campo enemigo, forzarle y quizá hacer prisionero al mismo Enrique.

— « Esperad un momento, dijo el duque; dejadme comer el melon ».

Pocos instantes despues llega un oficial y le da un parte igual al precedente. — « Dejadme acabar de comer este melon », repitió Maguncia.

En fin, le anuncian que el ejército enemigo está ya á la vista, y que solo tiene tiempo para montar á caballo.

— « ¡ Ya me lo he comido! » exclama el duque muy satisfecho. Y diciendo ésto monta á caballo, sale al campo, y es completamente derrotado: justo castigo de su gula y de su glotonería.

Gimnasia

Hemos dicho ya que nuestro cuerpo es un instrumento que el Creador ha puesto á disposicion del alma; cuanto mas fuerte sea, mejor ejecutará lo que le mandemos.

El movimiento es una necesidad para el niño,

indispensable á su salud. La gimnasia regulariza los movimientos, los arregla con inteligencia, aumenta las fuerzas y comunica á los miembros una agilidad y vigor extraordinarios.

En muchas circunstancias, ha rendido inmensos servicios, salvando la vida de muchas personas, en esos accidentes desgraciados que á menudo tienen lugar, como un incendio, una inundacion, un naufragio. Veamos un ejemplo.

Juan Salazar

Juan Salazar era un buen alumno. — Sumiso, obediente y estudioso, todos los años salía sobresaliente en sus exámenes. — Sin embargo, no tenía afición alguna á la gimnasia y solo los mandatos del padre habían conseguido que aprovechara las horas señaladas, dedicándolas á tan saludable ejercicio.

Una noche — tendría unos quince años — se despertó sobresaltado por la gran claridad que iluminaba su cuarto; salta de su cama y corre á la ventana. — Una inmensa hoguera azuzada por el viento se presentó á sus ojos; el cuerpo de edificio donde habitaban sus padres estaba ardiendo. — Grita... y le contestan unos gritos desgarradores: su madre con dos hermanitas no podían bajar por la escalera; estaba incendiada.

¿Qué hacer? ... Sereno, resuelto, gracias á su agilidad, descendiende por la ventana, llega donde estaba el

fuego, trepa apoyándose en los zócalos, ventanas y cornizas y salva á la madre y á las hermanitas de una muerte segura.

El alma

El hombre es un sér dotado de razon y compuesto de cuerpo y alma, ésta última es la parte mas noble de nosotros mismos.

Vamos á estudiar ahora, su naturaleza y los deberes que tenemos con ella.

Nuestra alma es *espiritual*, como Dios que la ha creado á imágen suya. No tiene extension ni figura; no la podemos ver ni tocar, ni percibirla con otro sentido cualquiera.— Está unida á nuestro cuerpo y sabemos que existe porque se manifiesta en ciertos actos que éste, por sí solo, es incapaz de ejecutar.

Nosotros pensamos, queremos, reflexionamos: he ahí otras tantas acciones que el alma y nadie más puede ejecutar.

Las tres principales facultades del alma, son: la *inteligencia*, la *sensibilidad* y la *voluntad*.

La inteligencia es el poder de conocer, de juzgar, de razonar; ella nos permite buscar la verdad, conocer á Dios, apreciar las bondades de

nuestros padres, el valor de la educacion que ellos nos hacen dar.

La *sensibilidad* es la facultad de gozar y sufrir, desear y temer, amar ó aborrecer.

En fin, la *voluntad* es la facultad por la que ejecutamos nuestros actos, es decir, que si queremos caminar, lo hacemos porque la voluntad quiso que nuestras piernas se pusieran en movimiento.

Un niño tiene en la mano una moneda que la madre acaba de darle ; la *inteligencia* nos dice cuál es el valor de la moneda ; nos dice que con ese dinero se pueden comprar golosinas y juguetes ó libros y cuadernos, y la *sensibilidad*, nos pinta de antemano, los goces que vamos á experimentar. Pero pasa por nuestro lado un niño pobre, el que implora nuestra caridad, pidiendo limosna. La accion de la *voluntad* se va á manifestar, sea rehusando el socorro pedido y reservando la moneda para gozar despues, sea dándola al niño pobre, para ayudarlo en sus desgracias.

Nuestra alma es *libre*. En el fondo de la conciencia, se encuentra el sentimiento invencible de nuestra libertad.

Cuando hacemos una cosa, comprendemos que

podríamos no hacerla. ¿Quién impediría que pensáramos? ¿quién que sintiéramos una desgracia?

En fin, el alma es *inmortal*. No se envejece con el cuerpo, ni muere cuando él muere.

En la vida del mundo, jamás alcanzamos á ser felices y sin embargo, deseamos serlo; Dios, que es infinitamente bueno, no puede haber puesto en el corazon este deseo y destinarlo á que nunca se satisfaga. Si en el mundo no somos felices es porque lo seremos en otra vida.

El sentido comun nos dice que toda accion buena debe tener recompensa, y castigo las malas acciones. En el mundo, no siempre la recompensa y el castigo son para quien lo merece: hay, pues, otro mundo á donde irá nuestra alma y donde la justicia no será jamás violada.

Todos los pueblos han creido en la inmortalidad del alma. Los Egipcios, los Griegos, los Romanos ¿por qué no hemos de creer nosotros? ¿se equivocarán todos los hombres que habitan la tierra?

Veracidad

La inteligencia se ha hecho para conocer la verdad. El hombre debe entónces, amar la verdad y no solo amarla, sinó tambien buscarla en todos los actos y en todas las ocasiones.

La mentira es pues, un mal. Se llama mentira á una palabra que se dice, un signo ó una accion que se haga con el objeto de engañar á otra persona, y hacerle creer lo contrario de lo que se piensa.

Es una accion mala, cobarde y vil. El mentiroso se atrae el desprecio general. Por el contrario, nadie rehusa su amistad á quien tiene reputacion de sincero en sus actos y palabras.

La mentira más culpable es el perjurio y el falso testimonio.

Por la mentira, se engaña á los semejantes, por el perjurio, se miente á Dios.

El que propala mentiras por verdades es tan culpable, ante Dios, como el que da moneda falsa por buena.

No siempre es bueno decir lo que se piensa, ni hay tal obligacion; es preciso pensar lo que se dice. Cuando un hombre ha adquirido reputa-

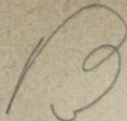
cion de sincero se oye con el mayor respeto cuanto dice, sin necesidad de juramentos.

Es un deber de dignidad personal guardar silencio sobre los pensamientos íntimos del corazón. Si una persona habla continuamente, está expuesta á equivocarse más á menudo que quien dice poco y piensa más.

Amor á la verdad

Cuando Jorge Washington, presidente de los Estados Unidos, tenia 6 años de edad, recibió de regalo un hacha pequeña con la que cortaba todo lo que hallaba á mano. Un día, se entretuvo en quitarle la corteza á un magnífico árbol de guindas, el que indudablemente se secaría despues de tal mutilacion. El día siguiente, su padre se apercibió del destrozo; se encolerizó y trató de averiguar quién era el autor del daño. Nadie supo decirle. Se hallaba en el jardín cuando de repente entra Jorge con su hacha en la mano. El criminal estaba descubierto, pero, el padre, como si no supiera, pregunta á Jorge, si no sabia quien habia cortado el árbol. El niño dudó un momento, enrojeciósse de vergüenza y contestó: «No puedo mentir, papá, he sido yo!» Tan franca confesion calmó la cólera del padre, que lo estrechó en sus brazos diciéndole: -- «Tu sinceridad vale más que mil guindos destrozados».

El niño, cuando fué hombre, jamás mintió, ni aún tratándose de cosas sencillas y fútiles.



El trabajo

No perder tiempo, obligacion de trabajar, nobleza del trabajo manual. — El tiempo puede compararse á una cantidad de dinero que Dios nos ha dado, dejándonos la libertad de usarlo á nuestro gusto, á condicion de rendirle cuenta más tarde. Debiamos, pues, economizarlo y sin embargo, de todos los bienes que tenemos á nuestra disposicion, ninguno derrochamos más locamente y con ménos sentimiento.

La verdadera habilidad consiste, aquí, en dar á cada una de las horas que se suceden el empleo que debe tener.

El trabajo nace de la necesidad; pero es una obligacion, un deber, no solo para aquellos que la Providencia ha colocado en una posicion que les exige trabajar para ganar el sustento; no, todos los hombre deben trabajar: los perezosos no merecen vivir. La naturaleza trabaja incesantemente.

Ved como se mueven los animales para llenar sus necesidades, para educar su pequeña familia, para asegurarle la subsistencia en el invierno.

El pájaro construye su nido, la araña teje su tela, recoge la abeja la miel y el castor fabrica su casa.

La Providencia ha reunido al trabajo el placer, para ayudarnos en la tarea. El reposo es un momento de verdadero placer.

— Hay varias clases de trabajo: el trabajo intelectual que, como lo indica su nombre, se lleva á cabo con la inteligencia; á éste se dedican los hombres de estudio y vosotros tambien miéntrais á la escuela y trabajais en instruiros.

En el trabajo manual, las manos desempeñan un papel mas importante que el de la inteligencia.

Trabajo manual es el del labrador, jardinero, carpintero, etc.

Siempre que hacemos algo útil, trabajamos, y todo trabajo es noble y legítimo, sea manual ó intelectual, hágase con el intento de ganar la subsistencia ó por mero placer.

No se debe despreciar, pues, el trabajo manual; no se despreciará jamás.

La historia nos enseña que un gran número de hombres ilustrados se dedicaban al trabajo y querian ser imitados por sus hijos.

Dios ha colocado el trabajo como centinela de la virtud.

La ociosidad, por el contrario, es la madre de todos los vicios.

Desclieux

(1702)

El cafeto, ó árbol del café, ese precioso arbusto cuyo cultivo ha enriquecido al nuevo mundo, era desconocido á principios del siglo XVIII, pues solo se cultivaba en Arabia. Un jóven alférez de marina, llamado Desclieux, que ascendió con el tiempo á teniente general de la armada francesa, concibió la idea de enriquecer la isla de Guadalupe, su patria, con aquella producción. Confiáronle dos arbolitos de café que se conservaban en Paris en un invernadero del Jardin de Plantas, embarcóse con ellos y se dedicó á cuidarles durante la travesía. Pero el viaje fué mas largo de lo regular y el agua escaseó hasta el punto de no dar á cada pasajero mas que un vaso diario. Desclieux, con riesgo de su salud y hasta de su vida, se bebia apénas la cuarta parte de su racion, reservando el resto para regar sus arbolitos, que logró salvar con su perseverancia.

Los dos cafetos, plantados en Guadalupe, se aclimataron con tal prosperidad, que ellos son los que han propagado el café en todas las Antillas.

Enriquecidas las colonias francesas con la cultura del café, ofrecieron á Desclieux, veinte años despues, un don de 300,000 francos, que rehusó, pidiendo que destinasen esta cantidad para perfeccionar varios cultivos en las colonias.

El trabajo es la independencia

Hatemtai era, entre los árabes de su época, el mas liberal y generoso. Preguntósele si habia conocido en su vida algun hombre de corazon mas noble que el suyo, y contestó así : — « Paseábame yo un dia por el campo con algunos amigos, y ví un hombre que habia recogido una carga de espinos secos para la lumbre. Díjele que fuera á casa de Hatemtai, donde se distribuia entónces pan y carne. — « El que puede comer « el pan con el trabajo de sus manos, respondió, no « quiere deber nada á Hatemtai. » Aquel hombre, añadió Hatemtai, tiene un corazon mas noble que yo. »

Aversion á la ignorancia y la pereza

Otro de los deberes que con nosotros mismos tenemos, es el de desarrollar nuestra inteligencia, instruyéndonos. El niño que no hiciera ejercicio ó que lo limitara á unos cuantos movimientos insuficientes, seria para toda su vida, débil y raquítico; se le miraria con lástima, incapaz de figurar con honor entre sus compañeros. Del mismo modo, el niño cuya inteligencia no está cultivada, que no tiene instruccion alguna, no será nunca un hombre completo. Mas tarde sentirá su inferio-

ridad y comprenderá que su ignorancia compromete sus intereses. Saber es poder, dice el proverbio. Eso es á menudo cierto, como lo es siempre que un hombre medianamente instruido es superior al que no sabe nada.

El niño que se abandone á la pereza camina en sentido opuesto al de sus intereses reales.

La pereza es una cobardía, un disgusto por el trabajo, que hace descuidar las obligaciones ántes que violentarse.

Ved la conducta de un perezoso en la clase: es tardío para empezar, no hace esfuerzo alguno para triunfar de las dificultades que presenta siempre el trabajo. Está fastidiado, es infeliz: las lecciones son para él muy largas, aunque no se toma el trabajo de estudiarlas. Sus compañeros no le aprecian, paulatinamente se hace el blanco de sus burlas. Sin embargo, pasan los meses y los años consagrados á su educacion, sin haberlos aprovechado y sale de la escuela en una ignorancia vergonzosa. ¡Cuánto lo sentirá, más tarde, precisamente cuando ya no pueda instruirse!

El niño trabajador siente, al contrario, la satisfacción del deber cumplido, un júbilo interior que

trasciende á su semblante gozoso. ¡Ojalá sea duradero ese júbilo, queridos niños! Así y no de otro modo, se reconocen los esfuerzos y cuidados de vuestros maestros y los sacrificios que vuestros padres se han impuesto para aseguraros por la instruccion, vuestro porvenir y la felicidad de vuestra vida.

La pereza

¡Qué gusto da vivir sin hacer nada!

Si yo pudiera llevarlo á cabo, formaría un plan excelente para no pasar molestia alguna ni fatigarme nunca.

Me levantaría todos los dias á las once.

En invierno no se atreve uno á sacar los dedos de la cama porque se quedan heladitos.

En verano está el cuerpo tan cansado que no dan ganas de moverse.

Almorzaría en la cama, por supuesto.

Despues descansaría un buen rato y haría que me vistiera mi ayuda de cámara.

Lavarme...no hablemos de eso; ¡cuesta tanto trabajo lavarse!

¿Y para qué? para volverse á ensuciar en seguida.

¡Buena tontería!

Cuando ya me hubiesen vestido, me asomaría al balcon, si el tiempo estaba bueno, oyendo el débil crujido de la leña al encenderse, quejándose como si la doliera.

Cuando comenzara á fastidiarme de esta ocupacion, tocaría un timbre y mandaria al criado que engancharan el carruaje.

Porque lo que es yo no comprendo cómo hay quien ande por sus piés pudiendo ser llevado por los agenos.

Al regresar del paseo habia de tener la comida preparada.

Despues me haria conducir al teatro ó al circo ; á un palco donde pudiera estar con toda holgura y marcharme cuando quisiera, sin que me molestara nadie. Desde la funcion á casa y á dormir.

¡ Qué buena vida !

Nada de colegio ni de estudios.

Teniendo una buena renta ¿para qué me hacia falta saber tantas embrollas ?

Asi pensaba Juanito, niño de doce años, y así en tales términos, poco mas ó menos, lo repetia á sus camaradas cuando se reunian y formaban castillos en el aire sobre el porvenir.

Por desgracia de Juanito, su dorado sueño, su famoso plan llegó á realizarse.

Era un niño débil y enfermizo, pues sus mismos hábitos de pereza le hacian evitar toda clase de fatigas y ejercicio, tan necesario á su edad para el desarrollo corporal, y su entendimiento se hallaba igualmente en un estado de atraso lamentable.

Su padre, honrado industrial, pero de pocos alcances y que profesaba á su hijo un cariño excesivo, aunque muy mal entendido, preocupado con la falta de salud del niño, toleraba sus faltas y le dispensaba y aún alentaba su holgazanería, sin comprender que

con este sistema resultaba un efecto diametralmente opuesto al que se proponia.

Una herencia cuantiosa é inesperada que legó un pariente al padre de Juanito, agravó su situacion.

Al verse millonario el industrial, secundando los deseos del niño, le rodeó de toda clase de comodidades, fomentando de dia en dia, su vicio dominante y temeroso de su salud, que por la misma razon empeoraba ostensiblemente, abandonó completamente su educacion intelectual, eximiéndole de toda clase de estudios y ocupaciones, y confiando néciamente en su riqueza, que de nada sirve si no hay fortaleza en el cuerpo para disfrutarla é inteligencia para conservarla y hacerla útil á la sociedad.

Así transcurrieron algunos años, hasta que ocurrió la muerte del padre de Juanito, dejando á éste, hecho un jóven ignorante, débil y con todas las apariencias por su aspecto y sus costumbres, de un anciano sexagenario y achacoso.

Como no sabia ni podia hacer nada, la fortuna que le dejó su padre iba disminuyendo, pues de nada se privaba para su comodidad é incapaz de intentar por si, nada de provecho, confió á un especulador sus intereses, seducido por la promesa de triplicar su capital sin necesidad de trabajar.

El especulador era un petardista que le dejó arruinado y Juanito se vió en lo mejor de su edad enfermo, pobre y sin solucion alguna para remediar su triste situacion.

Sin fuerzas físicas ni morales para procurar su bienestar, se abandonó á una profunda melancolía que agravó sus achaques y recojido por la caridad

murió en un hospital, comprendiendo, aunque tarde, los terribles efectos de la holgazanería y la pereza.

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

Modestia, paciencia, valor.—Dignidad personal

Modestia.—Ser modesto, es poseer el sentimiento íntimo y exacto de lo que valemos.

La modestia nos conserva en nuestro puesto y nos impide elevarnos por encima de los demás; es la virtud que distingue á los hombres de algún mérito. Los ignorantes, los tontos no son modestos; se creen siempre más de lo que son; hablan continuamente de sí mismos y se alaban con cualquier motivo.

Un jóven preguntó un día á un célebre general, cómo se habian perdido las batallas de ***.

« Oh!, respondió simplemente el general, se perdieron por mi culpa ».

La modestia se manifiesta en los modales, en la manera de hablar. El niño que tiene aire de atrevido, que no puede quedarse quieto, parado ni sentado, que habla en voz alta y por cualquier cosa, á ese niño le falta modestia y se hace poco estimable.

Cuando se consigue pasar á los compañeros y ser el primero de la clase, se presenta una ocasion para mostrarse y ser modesto; debemos evitar esos aires de triunfo que lastimarían á los compañeros, quienes harian recordar al orgulloso que si hoy es el primero, puede no serlo dentro de unos pocos dias.

Todos tenemos defectos, y nuestros esfuerzos deben tender á cortarlos de raiz. La primera condicion para llenar esta tarea es saber que los tenemos, sin enceguecernos porque son nuestros. No, por el contrario, cuando nuestros padres ó maestros nos indican un defecto, agradezcamos esta señal de aprecio é interés, y probémosles que deseamos aprovechar sus buenos consejos, tratando de correjirnos.

Evitar el orgullo, la vanidad, la frivolidad. — El orgullo es el excesivo amor de sí mismo, de lo que resulta, el creerse mejor que los demás por lo que el orgulloso desprecia á todos como si fueran criminales ó perversos.

El orgulloso esconde sus defectos, y afecta virtudes que no tiene. Quiere ser admirado y aplaudido en todo lo que hace; trata de obtener las

simpatías y alabanzas de quienes lo escuchan, éstas últimas las busca con ardor, las recibe con avidez, y si no se las dan, se irrita y se agria. Da mucha importancia á lo que concierne á su persona; procura y espera siempre producir efecto, entusiasmo. La altísima opinion que tiene de sí mismo y sus méritos le hace despreciar á los demás y no vé que son mejores que él.

Probablemente, habreis encontrado en la calle, alguna vez, un niño orgulloso. Pasa por nuestro lado con la cabeza alta, tiene un no sé qué de repelente y desdeñoso; no hay dulzura ni bondad ni generosidad ni afectuosidad en su mirada.

Si un condiscípulo le pide un favor, un sirviente le habla ó le pide limosna un pobre, apenas responde y casi siempre con una negativa.

El orgullo ha secado su corazon y lo ha hecho egoísta. No puede sufrir que le contradigan; tan alta idea se ha formado de si mismo, que los consejos más cariñosos le parecen ofensas. Si comete una falta, mentirá ántes que confesarse culpable.

Vosotros no hareis así, niños queridos. Si descubris en vuestro interior alguna tendencia al

orgullo, la combatireis con energía, acordándoos que á vuestra edad no hay motivo alguno para elevaros sobre los demás.

Nada poseeis adquirido por vosotros.

Lo que teneis de bueno : ¿no lo habeis recibido de Dios primero, de vuestros padres en seguida?

Las dotes de la inteligencia, las ventajas físicas os las han dado; la poca ciencia vuestra la debeis á los maestros y apenas sabeis qué es la virtud.

Vanidad.—La vanidad es un orgullo, poco desarrollado, el vanidoso busca tambien las apariencias, el llamar la atencion y atraerse las miradas; pero escoje medios mezquinos; se alimenta de puerilidades. El niño vanidoso habla sin cesar de sí mismo. Si sus padres son ricos, lo repite en alta voz en todos los momentos sin pensar en el ridículo en que se pone, queriendo que lo admiren porque su padre es rico.

Frivolidad.—La coqueteria y la frivolidad son otras dos formas del orgullo; se ocupan ambas de pequenece y de las ventajas exteriores como la apariencia, el arreglo del vestido, un traje nuevo, ¿qué sé yo?

¡Qué de trabajos fastidiosos se aceptan con tal de agradar, y de hacerse admirar despues!

La coqueteria en los vestidos y la frivolidad en los gustos indican al hombre lijero.

Las personas sérias no se preocupan de estas bagatelas.

Los vestidos, que son necesarios para cubrir el cuerpo, no deben ser para nosotros más que una cosa secundaria y jamás una preocupacion.

Paciencia y valor. — Todos vosotros sabeis que hay hombres de valor, es decir, hombres que no tienen miedo á los peligros, ni á los sufrimientos ni aún á la muerte misma.

Sin ser tan brillante como el valor militar, no es ménos meritorio el valor que resiste las duras lecciones de la desgracia, que no se apaga cuando postra al cuerpo alguna enfermedad, por larga y dolorosa que sea, que no desmaya frente á un revés de fortuna que conduce á la pobreza con sus privaciones de todo género, á esa pobreza completa que exige un trabajo incesante sin diversiones de ninguna clase.

Las almas nobles deben soportar sin encolerizarse todos estos males.

Pues bien, este valor de todos los dias, de todos los instantes, toma el nombre de paciencia. — Esa constancia en sufrir es tan meritoria como el valor del soldado que combate con el enemigo y rechaza el ataque que nos amenaza.

Morir agobiado por el peso de la vida y sus penas, sería una cobardía. El valor no consiste en resignarse tranquilamente; debe mostrarse en acciones que son indispensables para cumplir los deberes de padre, esposo y ciudadano.

Un padre de familia pierde su fortuna: debe buscar los medios de mantener á los suyos trabajando honradamente. Y puede suceder tambien que un niño tenga que cumplir iguales deberes, que aceptará siempre sin quejarse, cualquiera de corazon generoso.

Hay niños que mantienen al padre ó la madre enfermos y cuidan de la educacion de sus hermanitos mas pequeños. Todos los dias, felizmente, vemos ejemplos de abnegacion en este punto.

No solamente debemos tener paciencia con la desgracia, sinó tambien moderacion en la prosperidad. Valor y moderacion, es una sola virtud que se aplica en circunstancias opuestas. «No hay ménos debilidad, en no ser moderado cuando la

fortuna nos sonrie, que cuando nos es contraria ; nada hay más bello en la vida que un alma siempre igual, un rostro siempre sereno».

El verdadero valor es el valor de vencerse á sí mismo ; es más digno á los ojos de Dios el valor moral que el militar : el primero hace hombres, el segundo los mata.

Dignidad personal. — El hombre es el rey de la naturaleza ; Dios ha sido pródigo con nosotros ; el alma humana está hecha á imágen suya y nuestro cuerpo es una obra maestra que no nos cansamos de admirar.

Nuestro origen y composicion debe darnos una alta idea de nuestra dignidad personal. Esta noble soberbia no nace de la posicion social que ocupamos en el mundo ; el rico vale tanto, moralmente considerado, como el pobre.

Esto hará rechazar todo lo que nos rebaje á nuestros propios ojos ; la cólera, la intemperancia, el orgullo.

Sufrireis las desgracias con paciencia ; no os quejareis por un sufrimiento leve ; en la hora de la muerte, sabreis tener calma y valor.

La taza rota

(Siglo XIX)

Una hermana de la orden de San Vicente de Paul, estaba cuidando á un granadero herido y enfermo de gravedad. Acostumbrado aquel militar á la vida de los campos y al desórden de la guerra, no tenia ningun respeto por la santa profesion ni por la abnegacion de su bienhechora, pues rechazaba frecuentemente con rudeza sus solícitos socorros y algunas veces la llenaba de groseras injurias. La buena religiosa oponía á estos insultos una paciencia inalterable, y acababa por vencer á fuerza de bondad el indómito génio del soldado.

Un dia que padecia más que de ordinario, se le acercó la hermana con una medicina que habia recetado el facultativo. El enfermo la rechaza y ella insiste con dulzura. De la negativa pasa á las injurias y amenazas, pero la hermana le suplica que piense en el peligro en que le pone su obstinacion. Por último, convencido el militar de que no podia librarse de su importunidad, finje ceder, toma la taza que le presentan y arroja el contenido al rostro de la religiosa.

Esta piadosa mujer, se alejó sin murmurar, pero al cabo de unos instantes volvió á la cabecera de la cama del enfermo con la misma bebida, que habia preparado de nuevo. Apurada la paciencia del granadero por una constancia que él toma por terquedad, se enfurece, agarra el vaso y lo estrella contra el

suelo, salpicando los vestidos de la religiosa. Esta vez pensó que, despues de tal ultraje, la caritativa mujer no se expondria á recibir otro; pero el militar no conocia más que el valor de los campos de batalla y no tenia ninguna idea del que puede dar la religion.

La hermana se acerca por tercera vez al enfermo con otra bebida preparada de nuevo y le dice: «tomad esta medicina, os lo suplico; no me negueis este favor». El enfermo no sabe ya si debe creer lo que oye; un enternecimiento involuntario sucede á su dureza y se arrasan de lágrimas sus ojos:

— «¡ Sois un ángel !» exclama; y tomando la medicina se la traga sin titubear.

Este hombre debió la vida á la piadosa perseverancia de aquella á quien habia tratado como á una enemiga.

BARRAU.

El adulator castigado

Damócles, cortesano de Dionisio, ponderaba la opulencia del tirano, el número y el valor de sus soldados, la extension de sus dominios, la magnificencia de sus palacios, sus riquezas de toda clase, y concluia diciendo que no habia habido nadie tan dichoso como él. — «Puesto que todo eso os admira tanto, le dijo el tirano, ¿quereis disfrutar un poco de esas delicias y ver por vos mismo cuál es mi suerte?» Damócles consintió en ello poseido de júbilo. En seguida le hacen sentar en un sólio de oro adornado de

piedras preciosas; se le rodea de todo el lujo de los reyes; una suave música deleita sus oídos; las flores y los perfumes embalsaman la atmósfera; los criados, con muestras del más profundo respeto, colocan una mesa ante él y le sirven los manjares más exquisitos y los vinos más deliciosos. Damócles está transportado de alegría, pero en medio de su regocijo, levanta los ojos y ve una espada afilada suspendida sobre su cabeza, por orden de Dionisio, la que solo estaba sostenida del techo por una cerda de caballo. Desde aquel instante ya no vieron sus ojos los encantos que le rodeaban, ya no oyó la melodía de la música, desapareció el apetito que habían despertado en él los manjares, y no quiso probar los vinos. Pálido, tembloroso, dirijia sin cesar la vista á aquella cuchilla pronta á caer sobre su cabeza. — ¿Qué te parece mi suerte? le dijo Dionisio con ceñudo semblante; ¿estás contento? — ¡Oh! basta, basta, respondió el cortesano con apagada voz, y obtuvo permiso del rey para dejar el sitio donde estaba sentado; sitio brillante, sí, pero en extremo peligroso. Todo el que se eleva por medios ilícitos tiembla sin cesar esperando el castigo merecido que está como suspendido sobre su cabeza y puede anonadarle de un momento á otro. El que está de este modo dominado por la zozobra no puede gozar de ningún placer, y ésto es lo que quiso dar á entender Dionisio al suspender sobre la cabeza de Damócles la espada que solo pendia de un hilo.

CAPÍTULO II

DEBERES CON LOS PADRES

Obediencia, respeto, amor, gratitud. — Auxilio en las enfermedades y en la ancianidad. — Amor y proteccion entre los hermanos. — Afabilidad con los sirvientes. — Buen trato á los animales.

Juan habia perdido á su madre algunos dias despues de nacer. Su padre habia sido muerto en la última guerra, defendiendo á su patria. El pobre niño quedó, pues, huérfano desde muy jóven. Unos vecinos caritativos lo recogieron y fueron realmente buenos para él.

Sin embargo, todos le tenían lástima y cuando lo encontraban, siempre decían: «¡Pobre niño! qué desgraciado...» Y lo era, pues no tenía familia, y sus protectores no podian quererlo como quiere un padre, como quiere una madre. Juan, á menudo estaba triste y si le preguntaban por qué, respondía llorando: «estoy solo en el mundo».

Sin embargo, en el pueblo donde nació, había muchos habitantes y muchos compañeros en la escuela á donde iba todos los dias; pero él sentía que toda esta gente no podia reemplazar para él á su padre y á su madre.

Un padre y una madre aman á sus hijos mil veces más que á sí mismos; los rodean de los más tiernos cuidados, los protejen contra los peligros á que están expuestos por su debilidad é inexperiencia; de dia, de noche, á todas horas velan por ellos. Son ellos los que satisfacen sus necesidades, los alimentan, los visten y los hacen instruir. Nada son para los padres el trabajo, la fatiga, los sacrificios, si es que consiguen hacerlos felices.

Pues bien, si vuestros padres cumplen con tanto empeño su admirable mision, vosotros tambien teneis con ellos ciertos deberes que cumplir.

Estos son: *obediencia, respeto, amor y gratitud.*

Obediencia. — El niño es incapaz de conducirse en el mundo; no sabe distinguir lo que le es útil de lo que le es dañoso. La esperiencia le falta completamente. Si, pequeñito, vuestra madre os hubiera abandonado, os habriais *quemado* cien veces con el fuego, cuyos peligros no conoceis;

os habriais herido otras tantas con instrumentos cortantes que os gusta tocar por el brillo que llama vuestra atencion. Hoy, cuando aburridos del trabajo y del estudio, no comprendiendo su necesidad y su importancia, preferís los juegos, vuestros padres, que os quieren con prudencia, no escuchan vuestras repugnancias y contrarían vuestros gustos; está en vuestro interés obedecerles.

La obediencia filial debe ser *entera*, es decir, que se estienda á todo, aún á los pequeños detalles de la vida: levantarse, comer, trabajar, etc., tal como mandan nuestros padres.

La obediencia debe ser *absoluta*. El niño no debe discutir las órdenes que recibe de sus padres. Debe ejecutarlas sin murmurar, siempre que no sean contrarias á las leyes de la conciencia ó á la ley de Dios.

Por último, la obediencia debe ser *voluntaria*. No obedecemos á nuestros padres por miedo; sinó porque los amamos y sabemos que el niño desobediente los entristece.

Esta razon por sí sola siempre nos determinará á obedecer en un todo á nuestros padres.

Respeto.—Debeis respetar á vuestro padre y á

vuestra madre, es decir, atender sus advertencias, pedirles consejos, recibir con docilidad sus amonestaciones y reprimendas, tener para ellos palabras y modales humildes, cualesquiera que sean su edad, su posición ó sus achaques.

El niño que habla con sus padres con altanería, que discute con ellos como lo haría con un discípulo, que no guarda cierta cortesía necesaria y que no hace caso de sus observaciones, no comprende el deber del respeto filial.

Entre los persas, los niños jamás se sentaban en presencia de sus padres, y Darío, uno de sus reyes, cumplía religiosamente este deber.

Amor y gratitud.—Pero no basta obedecer y respetar á nuestros padres; el desinterés que tienen con nosotros, exige nuestro amor y gratitud. En la infancia, no podemos probarles nuestro cariño sinó cumpliendo fielmente nuestros deberes, tratando de satisfacer sus menores deseos, rodeándolos de atenciones y buscando evitarles el disgusto más pequeño, la más ligera pena.

Todo lo debemos á nuestros padres. Nos han alimentado, protegido y sin los tiernos cuidados

de nuestra madre, no existiríamos, pues cuando niños, no nos bastamos á nosotros mismos. Demostremosles nuestra gratitud por todos los medios; por más que hagamos, jamás haremos otra cosa que devolverles pequeña parte de lo que hicieron con nosotros.

Estos sentimientos de amor y gratitud están de tal modo en nuestro corazon desde que nacemos, que un hijo ingrato es un mónstruo que causa horror.

Amor maternal

En una de las más hermosas islas del Paraná, en medio de un bosquecillo de limoneros, habia una casita solitaria donde moraba la buena Clementina, cuyas virtudes y cariño formaban las delicias de su marido y de sus hijos.

Hallábase un día ausente su marido, y los dos niños, Antoñita y Rodolfo jugaban juntos cerca de la casa; mas de repente oye Clementina gritar á su hijo; sale corriendo muy asustada y se estremece viendo á Rodolfo que conducia á su hermanita temblorosa y espantada. — « Mamá, mirad como corre la sangre de la mano de Antoñita; la ha picado una vívora. » — Clementina grita entre sollozos: — « Ay, mi hija! ¡ Hija mia! ¡ Una vívora! ¡ Socorro! »

En aquel momento pasaba un hombre que iba muy de prisa; y con voz entrecortada le suplicó se detuviera y viniera en su ayuda.

— « Señora, dijo el viajero, no puedo detenerme más, no sé más que un remedio; procuraos un perro que chupe el veneno de la herida, pero apresuraos, no perdais un momento. »

Marchó el hombre y Clementina se vió próxima á caer por tierra, como sobrecogida de un vértigo. Pintábase la desesperacion en su pálido semblante, pero un instante después apareció la calma en su rostro, y se irguió trasportada de júbilo.

— « ¡ Que chupe un perro el veneno de su herida ! No, un perro no lo haria, pero una madre puede hacerlo, y lo hace. » Toma en seguida el brazo de su hija, aplica sus lábios á la herida, y chupó largo tiempo con indecible ardor.

A todo esto llega el padre, y viéndole venir Antonio, corre á su encuentro y le refiere lo sucedido y lo que ha hecho su madre. El jóven esposo palidece de terror, sus piernas vacilan y tiene que apoyarse en un árbol.

— « ¿ Qué teneis padre ? exclama el niño dirijiéndose á socorrerle ; en aquel momento cayó al suelo el baston que su padre tenia en la mano. Al ver el niño aquel baston en el que habia una culebra enroscada, retrocedió espantado gritando : — « Esa es, esa es la vívora que ha picado á mi hermana ! — ¿ Qué es lo que dices, hijo mio ? exclama el padre volviendo en sí ; ¡ qué ! ¿ era igual á esta la culebra que ha picado á tu hermana ? — ¡ Sí, papá, enteramente igual ! »

Su padre respira entónces y da un grito de alegría :

— ¡ Loado sea Dios ! exclama ; el reptil que ha picado á Antoñita no era una vívora, es una culebra ; su

picadura no es peligrosa y Clementina no ha chupado veneno alguno.

Llega á la casita con los ojos arrasados en lágrimas; abraza á la madre y á la hija, las estrecha largo rato contra su pecho, y dice ébrio de gozo:

— « ¡ Qué miedo me has causado ! pero gracias á Dios, el reptil no era venenoso. Todavía viviremos juntos; jamás olvidaré tu maternal cariño, y nuestros hijos tampoco lo olvidarán. »

Lo que costamos á nuestros padres

Un inspector visitaba un día una escuela y preguntó al Director cuál era el alumno que calculaba mejor. Una vez que supo quien era el mas aventajado: — « Voy á hacerte, dijo el inspector, una pregunta difícil ».

— ¿ Cuánto cuestas tú hasta ahora á tus padres ?

Alberto, no pudiendo contestar, inclinó la cabeza sin decir nada.

— Nunca has sacado la cuenta, seguramente; sin embargo, esta es una cuenta importante; los niños no piensan bastante sobre éste punto. Veamos, vamos á contar juntos. Alimentos, vestido, lavado, planchado, etc.; bien podemos poner por todo cincuenta centésimos diarios.

— ¡ Oh ! dijo el niño, creo que es muy poco.

— Al mes, cincuenta centésimos diarios, serían quince pesos nacionales. Ahora, ¿ cuántos meses tiene el año ?

— Doce.

— Bien; ¿y qué edad tienes tú?

— Doce años.

— Calcula, pues, cuánto has costado á tu padre hasta aquí.

El niño hizo el cálculo. « 1800 nacionales » dijo sorprendido y como asustado de una cantidad tan grande.

— Eso no es todo, agregó el inspector; debemos contar todavía los gastos de médico y botica cuando has estado enfermo; los libros para la escuela, los paseos. Piensa también en las fatigas de tu mamá para cuidarte, las noches enteras que cariñosa ha pasado á tu cabecera; piensa en las fatigas de tu papá que trabaja todo el día para sostener su familia, y díme: ¿el amor, los pesares, las fatigas, pueden calcularse en dinero?

— ¡ Oh ! ¡ no ! respondió Alberto.

— Y bien, si todo eso no puede valorarse en dinero ¿cómo podrias pagar á tus buenos padres todo lo que han hecho por vos, desde que has nacido?

El niño pensó un momento y dijo :

— Queriéndoles mucho, obedeciéndoles siempre y cuando seamos hombres, trabajando para ellos.

— Tienes razon, querido niño, solo una buena conducta y un corazon amante pueden recompensar á nuestros padres.

ALLOU.

Auxilio en las enfermedades y en la ancianidad

Cuando seais suficientemente fuertes para ayudar á vuestros padres en sus trabajos, consideraos felices de hacerlo. El cumplimiento de los deberes de amor filial, trae consigo mismo, su recompensa. Una hija que ayuda á su madre en los quehaceres domésticos, un hijo que ha podido aliviar á su padre en sus rudas tareas, necesarias para el sostén de la familia, gozan de una felicidad que sobrepasa á todos los placeres.

Llegará un dia en que ya no sereis niños. Vuestros padres no ejercerán, entónces, esa autoridad que se traduce en órdenes y prohibiciones. Habreis formado otra familia y sereis su jefe; pero siempre subsistirán los deberes que debeis cumplir, con vuestro padre y con vuestra madre. El respeto, el amor, la gratitud no son únicamente deberes de la juventud; al contrario, parece que se engrandecieran con los años. Mientras dura la infancia, todo lo recibimos de nuestros padres sin darles absolutamente nada nosotros, á no ser el cariño que tienen siempre los buenos hijos. Mas tarde, debemos tratar de disminuir, ya que es imposible pagarla, esta gran deuda de gratitud.

La vejez con sus enfermedades hará preciosos los cuidados de la afeccion filial. Entónces, se-
reis pródigos en servicios, convencidos de que
nunca serán suficientes á vuestro juicio.

En esas circunstancias, el niño debe sacrificarse
para llenar las necesidades de sus padres.

En otros países, las leyes exigen al hijo que
mantenga á sus padres, si éstos carecen de re-
cursos; pero los padres no deben nunca tener que
recurrir á la ley, pues felizmente para ellos y para
honor de la humanidad, los malos hijos no abun-
dan.

Por el contrario, siempre encontramos buenos
ejemplos de desinterés filial llevado hasta el sa-
crificio.

Amor y proteccion á los hermanos

Uno de los grandes placeres que debemos pro-
curar á nuestros padres, es el de amar á nuestros
hermanos, viviendo en buena armonía con ellos.
Vínculos muy estrechos nos unen mutuamente;
los padres comprenden á todos en una misma y
tierna afeccion; vivis bajo el mismo techo, vues-

tros intereses son iguales. ¿Qué puede haber de más hermoso y más dulce que el amor fraternal, que nace desde la cuna y se agiganta con los años? Y esta union, este desinterés fraternal no debe limitarse á los años de la infancia y adolescencia; es necesario que mientras dura la vida, dure la union entre hermanos y hermanas; que las alegrías y las penas de unos, sean siempre las alegrías y las penas de los demás.

Caton, á quien se le preguntó un dia, quién era su mejor amigo, respondió:

— Mi hermano.

— ¿Y después?

— Mi hermano.

— ¿Y en seguida?

— Todavía mi hermano.

Un historiador afirma que el mismo Caton, cuando niño, no jugaba ni paseaba con otro que no fuera su hermano.

La edad da al mayor sobre los mas jóvenes, el derecho de aconsejarlos y reprenderlos y cuando la falta es grave, la leccion debe ser severa, pero sin dureza, sobre todo sin acrimonia ni burlas que indican desprecio. Al mismo tiempo que un hermano encuentra en un hermano un censor, debe

saber que tiene tambien, presentándose el caso, un amigo que le escusa delante de sus padres, un abogado que le defiende.

Al lado del derecho de aconsejar y reprender, el mayor tiene el deber de dar siempre buen ejemplo.

¿Qué pensaríamos del hermano mayor, capaz de ser más sensato, más ilustrado y razonable, si diera á sus hermanitos, el mal ejemplo de la desobediencia, de la pereza, de la falta de respeto á sus padres ó maestros?...

Los deberes del hermano mayor se hacen múltiples, en la circunstancia tristísima de la muerte del padre y de la madre. Entonces, aquel y la hermana mayor heredan la misión seria del padre y la madre. ¡Nada más conmovedor que esos jóvenes jefes de familia que la desgracia ha convertido en hombres maduros, y que se muestran verdaderamente dignos de tan noble tarea!

Amor fraternal

En una de las numerosas guerras civiles que han tenido lugar en la República Oriental, se encontraban tres hermanos de apellido *Valiente*, militando en uno de los bandos en que aquel bello cuanto desgraciado país estaba dividido.

Derrotadas las fuerzas á que pertenecian los *Valiente*, uno de ellos se vé acometido de repente por once enemigos que le cercaban, cortándole toda retirada. Un sablazo le desmaya sobre el caballo y ya se preparaban sus enemigos para ultimarle cuando un jinete se abre paso, echa pié á tierra, quita el freno á su caballo y sosteniendo por la espalda al desmayado, le defiende contra sus enemigos diciendo: *morreremos juntos, hermano!* El hermano vuelve en sí, y entre los dos tienden en el suelo á cinco enemigos. Otro que tambien se hallaba en la batalla acércase al grupo y sabiendo que eran sus hermanos, se une á ellos y dice: *donde mueren mis hermanos, muero yo tambien.* Una lucha horrible, desesperada, titánica se inicia entonces; acribillados de heridas, estrechados por un número cada vez mayor de enemigos sedientos de la sangre de aquellos tres héroes, defienden su vida hasta el último momento. Mueren y sus cadáveres son respetados, pues el valor heroico siempre impone respeto y admiracion. Sus restos se enterraban, al poco tiempo, en la próxima ciudad de Paysandú y un cuarto hermano que asistia á la ceremonia dijo sollozando: *entierran á los tres, porque no estábamos los cuatro.*

Afabilidad con los sirvientes

La infancia es la edad de la subordinacion. Los padres por una parte, los maestros por otra, ejercen sobre el niño una autoridad incontestable.

Se puede decir, pues, que vosotros, los niños, no teneis inferiores. Sin embargo, los sirvientes de vuestros padres sirven tambien á vosotros, y estais con ellos en contacto diario. He conocido niños que se imaginaban que los sirvientes eran inferiores á ellos, que les trataban con dureza, soberbia y altanería, que les mandaban hacer cualquier cosa, hablándoles sin cortesía y con arrogancia. Esta conducta no tiene excusas. Los criados son nuestros semejantes, nuestros hermanos; tienen el mismo origen y el mismo destino.

Por sus virtudes pueden ser mejores que aquellos á quienes sirven.

No debemos olvidar tampoco, que su posicion es penosa. Desde la mañana hasta la noche, deben trabajar sin descanso, aceptar sin quejarse las observaciones que les hagan, las reprensiones á que dén lugar. Sereis con ellos, queridos niños, dulces, corteses, indulgentes, sin exigencias desmesuradas, excusándoles cuando cometan algun error ú olvido. En una palabra, os conducireis con ellos como quisiérais que se conduciesen con vosotros, si fuerais sirvientes como ellos. Los cambios bruscos de fortuna sucedendiarriamente: el que hoy es servido puede tener que servir á los demás

mañana. ¡Oh! si comprendieran los amos, el efecto de una palabra bondadosa, seguramente tratarian á los sirvientes con más dulzura, y entonces, éstos los recompensarian con un verdadero desinterés!

Miguel Angel ¹

Siendo ya Miguel mas que octogenario, cuidó de dia y de noche á su fiel criado Urbino, al que una enfermedad mortal habia postrado en cama. Hé aquí en qué términos escribe á un amigo refiriendo la pérdida de su sirviente:

« Mi querido amigo, yo escribo muy mal, mas sin embargo, os diré alguna cosa en contestacion á vuestra carta... Ya sabeis que ha muerto Urbino, lo que ha sido para mí una verdadera gracia de Dios y á la vez una gran pérdida é infinito dolor. Digo gracia, porque despues de conservar mi vida durante la suya con sus cuidados, me ha enseñado, á su muerte, la manera de morir bien. Le he tenido en mi casa por espacio de veinte y seis años y siempre ha sido fiel y exacto; y cuando le habia puesto al abrigo de la necesidad, cuando esperaba que me serviría de báculo en mi vejez, le he perdido sin que me reste otra esperanza que la de volverle á ver en el paraíso. Dios nos ha dado á ambos una señal de ello con su dichosa muerte, porque sentía mucho menos el morir que el dejarme en este pérfido mundo en medio de tantas

¹ Gran pintor, escultor y arquitecto italiano, falleció en Roma en 1564 á la edad de 90 años.

penas, aunque la mayor parte de mí mismo se ha ido con él. Solo me queda un dolor inmenso, y ahora me recomiendo á vos. »

Esta carta que demuestra á un tiempo la piedad y la sensibilidad de Miguel Angel, es uno de los rasgos mas sublimes y característicos de la historia de este héroe del arte.

Un célebre pintor de nuestros dias ha representado en un cuadro de mérito la escena de Miguel Angel cuidando á su leal sirviente.

Buen trato á los animales

Es un deber de humanidad ser buenos para con los animales; el maltratarlos es un acto inexcusable de barbarie.

(B).

El pintor inglés Hogarth hizo cuatro dibujos que demuestran el modo cómo puede conducir insensiblemente la crueldad con los animales á la crueldad para con nuestros semejantes y al crimen.

En el primero de dichos dibujos se ven varios niños atando perros y gatos, tirando á un gallo con la ballesta, haciendo saltar un ojo á un pájaro y pareciendo recrearse mucho en sus sufrimientos. Un niño sale de una casa corriendo á la calle para libertar á su perro que le están martirizando;

llora, suplica á los traviesos muchachos que pongan en libertad al pobre animal, y les ofrece una hermosa torta que estaba dispuesto á comerse con buen apetito, pero los chicuelos le rechazan mostrándose de él y continúan sus desapiadados juegos.

En el segundo dibujo, los niños ya son hombres, pero siguen siendo crueles con los animales. Un cochero golpea enfurecido á su caballo con el mango del látigo, mientras el animal, que ha caído al suelo, se halla enredado entre las correas y las varas de un coche. Dos hombres, el uno muy alto y el otro muy grueso van montados en un pobre borriquillo que lleva además dos medios toneles á manera de un gran cofre; otro hombre le va dando de palos por detrás con una horquilla. Por último, un pastor que conduce un rebaño, mata de un golpe á una oveja que el cansancio hacia rezagarse.

En el tercero y cuarto dibujo se ven estos hombres, que dominados por sus brutales costumbres, maltratan niños y mujeres, siendo por tanto condenados á severas penas.

CAPITULO III

DEBERES EN LA ESCUELA

Asistencia, aplicacion. — Deberes con el maestro
Deberes con los condiscípulos

Asistencia y aplicacion

El niño no se educa solamente en su casa. Vuestros padres encargan á los maestros que les reemplazen para educaros é instruiros y es en la escuela donde recibis las lecciones que deben hacer de vosotros, hombres útiles y virtuosos.

Asistencia.—La gran obra de la educacion no puede llevarse á cabo, si vosotros no ayudais al maestro, con vuestro deseo de aprender, con vuestra constante asistencia á las clases.

Jamas será buen alumno aquel que concurre á la escuela un dia si y otro no, ni el que busca una disculpa para que sus padres no le envíen, porque, entónces, no aprovecha ni siquiera parte de lo que enseña el profesor, pues no aprende bien

los días que va por no tener los conocimientos anteriores necesarios.

He conocido un niño mimado y perezoso que decia con gran satisfaccion, al fin del año escolar : « No he ido á la escuela este año, más que tres meses. » — Ensayé en vano hacerle ver cuanto mal se causaba con esa conducta. No lo comprendió, entónces. El tiempo le mostró prácticamente la verdad de lo que yo le había dicho. Lo he visto, hombre ya, incapaz para todo. Sus hermanos, que asistian siempre á la escuela, ocupan magníficas posiciones y son lo que sostienen á este sér inútil y desgraciado.

Aplicacion.—Para que los beneficios de la educacion alcancen hasta vosotros, no basta tener un buen maestro ; es necesario que vosotros, trabajando respondais á sus desvelos, que escuchéis su palabra con docilidad y que aceptéis con sumision sus reprensiones.

Si á veces os parece difícil esta sumision, recordad que el maestro no quiere otra cosa mas que vuestro bien y vuestra felicidad. Teneis defectos ; todos tienen los suyos ; mientras sois jóvenes, fácil es arrancarlos de raiz y más tarde, quedareis

gratos á los esfuerzos que han hecho Vuestros profesores para haceros ~~hombres~~ hombres de bien.

Un maestro, educaba á un gran número de niños, puestos por los padres bajo su direccion. El queria hacerlos hombres virtuosos. Ellos lo encontraban severo, algunas veces. Para hacerles comprender la necesidad de sus correcciones, se valió del medio siguiente: Ordenó á uno que arrancara un pequeño ciprés que se veia en el jardin y el discípulo lo arrancó sin pena alguna, con una mano sola. Le indicó, en seguida, otro ciprés un poco más crecido que fué arrancado tambien, pero con algunos esfuerzos más que el anterior. En este órden, sucesivamente arrancó tres ó cuatro cipreses, cada uno mayor que el anterior; necesitando en el último la ayuda de varios compañeros. Finalmente, les mostró uno alto, añoso y copudo que no pudo ser arrancado, á pesar de haberse reunido todos para la obra.

Entónces, el maestro les dijo: « amigos mios, lo que con los cipreses, sucede con vuestros defectos; cuando no están arraigados fácil es arrancarlos por pequeño que sea el esfuerzo hecho. Pero, cuando por una larga costumbre han echado profundas raices en el corazon, es muy difícil domi-

narlos. Trabajad, pues en vencer á enemigos que pueden conduciros á vuestra pérdida.

El trabajo por parte del alumno, es tambien indispensable.

No solamente debeis escuchar las lecciones del profesor, sinó tambien aprenderlas prestando una atencion constante á los ejercicios diarios. Que los cuadernos estén limpios, cuidadosamente escritos y vuestras lecciones perfectamente sabidas. De otra manera, pasareis diez años en los bancos de una escuela sin aprender nada nuevo. Bien sé que el estudio presenta dificultades ; pero el niño estudioso triunfa de todas las dificultades que encuentra. Además, el profesor se preocupa continuamente de haceros fácil y atrayente el trabajo. En otros tiempos, no se apreciaba como hoy la instruccion; no se hacian los inmensos gastos que exige el sostenimiento de las escuelas.

Pensad tambien en las innumerables criaturas que á la misma hora, más ó ménos, van á la escuela en todos los paises, aquí bajo un sol ardiente, allí entre nieblas, en botes en los paises entrecortados por canales, á caballo por las grandes llanuras, por la nieve, por las sendas solitarias de las montañas : comparad todos

estos trabajos con la facilidad con que podeis asistir á la escuela y decid despues si no sereis asíduos y aplicados.

Deberes con el maestro

Desde que los maestros han recibido de los padres la mision de educaros é instruiros, queridos niños, ellos los reemplazan y los deberes que debeis cumplir con ellos son de la misma naturaleza que aquellos que teneis con vuestro padre y vuestra madre: debeis *obedecerles*, *respetarles* y *amarles*.

¡Qué de esfuerzos, qué de fatigas, qué de trabajos para instruiros y haceros virtuosos! Aclaran vuestra inteligencia con sus lecciones y á menudo corrijen vuestros defectos con sus observaciones. Son ellos quienes despiertan en vuestros corazones estos sentimientos generosos, estas reglas seguras y firmes segun las cuales dirijireis más tarde vuestra vida.

Han necesitado estudiar largos años para ser maestros capaces, y sin embargo, gastan sus fuerzas, su salud, en las penosas tareas de la enseñanza.

Amad, pues, á vuestros maestros ; obedecedles y conservad, para ellos, puro el sentimiento de la gratitud mientras dure vuestra vida. Vuestra aplicacion, vuestra sumision son siempre su único deseo y seria pagarles mal, mostrarse indisciplinado y perezoso.

Deberes con los condiscípulos

Una escuela, una clase es la sociedad en pequeña escala. No estamos destinados á vivir solos y apartados en el mundo ; con los condiscípulos aprendemos, cuando niños, á tratarnos con nuestros semejantes.

En esa edad, el corazon está lleno de buenos sentimientos; pero á veces, sin querer sentimos antipatía hácia una persona. Vosotros, niños, podeis tenerla á un condiscípulo. Tal camarada os gusta, siempre andais juntos; estais dispuestos á ser buenos, dulces, complacientes con él. Por el contrario, para otro teneis mala voluntad. Siempre estais peleados. No debe ser así; indudablemente no se puede, apreciar del mismo modo á todos los condiscípulos; se busca á los de igual edad, porque generalmente tienen los mismos gustos, las mismas preferencias para jugar, para el

trabajo y á menudo, en los bancos de la escuela nacen las amistades más duraderas ; pero nada debe haceros olvidar que debeis ser buenos para todos. Una palabra amable, un objeto prestado, son servicios pequeñísimos, pero que conservan el espíritu de cordialidad que debe reinar entre todos los alumnos de un mismo grado.

Los jóvenes escolares de Passy

(1842)

Un pobre trabajador llamado Morvan, viudo hacía ya algunos años, marchó á Paris en el invierno de 1842 con un niño pequeño, desde una provincia lejana, con la mira de trabajar en las fortificaciones de la capital ; á su llegada obtuvo autorizacion de colocar á su hijo, de edad de nueve años, en la escuela comunal de Passy. El padre y el niño se hallaban en la mayor miseria ; apenas si tenían pan todos los dias, pues muy á menudo se acostaban sin cenar. Una vez dijo á sus condiscípulos con su franca ingenuidad : « Esta noche nos acostaremos en ayunas, porque no tenemos pan. » Entónces otro niño, casi tan pobre como él, le dió parte de su comida, lo que visto por los otros, se condolieron de su triste situacion, y todos los dias se apresuraban á darle no solo lo que necesitaba, sinó tambien para su padre que perdía muchos dias de trabajo á causa del mal tiempo. Así unos daban pan, otros un centavo, dos ó tres ;

otros les procuraban ropa y hasta zapatos. De este modo el pobre niño llevaba todas las noches dos libras de buen pan, por lo ménos, que servia para cenar y al dia siguiente para desayunarse. Lo mas admirable fué que todo el tiempo que duró el invierno se sostuvo en el mismo grado la piedad en los corazones de los niños, sin debilitarse un momento y siempre con el mismo afecto cariñoso.

Cuando mejoró el tiempo, aquellos dos desdichados volvieron á ponerse en camino, dirigiéndose á pié á su tierra, pero llevando grabado el recuerdo de la escuela de Passy.

BARRAU.

Los niños de la escuela de Stanz

(1799)

Pestalozzi, célebre por su virtud y su talento, se dedicó á la educacion de la juventud. Aceptó la direccion de un establecimiento en Stanz, donde se hallaban acogidos los niños pobres que la guerra habia hecho huérfanos y que carecian de toda clase de medios. Estaba sostenido dicho establecimiento con una subvencion pagada por el gobierno y con el producto del trabajo de los niños, que se ocupaban en la jardinería en el buen tiempo, y durante el invierno en hacer tejidos ó hilados. Apenas tenian lo estrictamente necesario. Súpose de pronto que la pequeña ciudad de Altorf, cerca de Stanz, habia sido reducida á cenizas por un incendio. Pestalozzi reúne sus discípulos y les habla de este modo: —«Altorf, ha quedado destruido, y puede que pasen de ciento los

niños que en estos momentos se encuentran sin ropa, sin alimento y sin asilo, ¿quereis que pidamos al gobierno nos permita recibir en este colegio veinte de esos niños? — ¡ Si, sí! respondieron á una los escolares. — Pero reflexionad bien lo que pedis, repuso el director. Tenemos poco dinero á nuestra disposicion, y no es seguro que nos concedan nada más en favor de los que vengan. Para conservar nuestros medios de existencia tal vez tengamos que trabajar más que hasta ahora, y probablemente habreis de dividir vuestros vestidos y vuestro alimento con ellos. Si no estais seguro de imponeros estas privaciones sin sentirlo despues, no los llameis á vuestro lado. » Varias veces insistió el director en estas objeciones, haciendo repetir á los niños las mismas palabras que habia pronunciado para ver si las habian comprendido, pero ellos perseveraron en su generosa resolucion. — « Que vengan, dijeron todos, que vengan, y aunque suceda lo que nos habeis dicho, queremos que dividan con nosotros todo lo que tenemos. » Fueron, en efecto, siendo recibidos y tratados como hermanos.

CAPÍTULO IV

DEBERES CON LA PATRIA

Grandeza y porvenir de la República. — Deberes con la Patria: obediencia á las leyes, servicio de las armas, fidelidad á la bandera, impuesto, voto.

La patria, queridos niños, no es solamente la ciudad, el valle ó la provincia donde habeis nacido; la patria es toda la República Argentina para los que han nacido en ella; todo lo que contiene es una parte de nuestra patria. La patria es la que hace palpitar los corazones cuando el país está amenazado por una invasion extranjera; la gloria de nuestros padres es esta patria que nos han dado, fuerte y hermosa; es la grandeza de la libertad!

La patria es el azul de nuestro cielo; es el sol que nos alumbra, los caudalosos rios que refrescan nuestra tierra; los bosques que le dan sombra y las fértiles llanuras que se extienden á nuestra vista.

La patria son todos nuestros conciudadanos, grandes ó pequeños, ricos ó pobres! La patria es la nacion que debeis amar, honrar, servir y defender con todas las facultades de vuestra inteligencia, con toda la fuerza de vuestro brazo, con toda la energía, con todo el amor de vuestra alma ¹.

El amor de la patria debe ser tan enérgico, tan vivaz como el amor de la familia. Si alguno de nuestros abuelos ha hecho una accion noble, estamos orgullosos, porque parece que la gloria de aquel acto se trasmite hasta nosotros. Si nuestra madre sufre, la amamos doblemente. Así debemos ser con la patria, esa madre augusta! Sus glorias y sus desgracias nos tocan muy de cerca.

Habreis oido ya hablar de José de San Martin, el más fuerte y el más modesto de los hombres que dieron libertad á nuestra patria.

La hora de la prueba

El ejército independiente de argentinos y chilenos habia sido atacado y deshecho por los españoles en la proximidad de la ciudad de Talca-la noche del 19 de Marzo de 1818.

¹ CORMENIN.

Lleva en la historia esta sorpresa el triste nombre de Cancha Rayada.

Cancha Rayada es una página luctuosa de la revolución, el negro fondo sobre cuyas tintas se destacaron los resplandores gloriosos de Maipú.

La luz disipó la sombra como la victoria hizo olvidar el desastre.

Después de luchar con bravura y perder quinientos soldados, la artillería y los bagajes, el ejército de la patria huyó disperso y en derrota. Únicamente el general Las Heras pudo salvar la división de su mando que ocupaba la derecha.

San Martín envuelto en el desorden era arrastrado lejos del campo y obligado a seguir la línea caprichosa que le trazaba la incertidumbre de su situación.

Marchaba seguido de dos ayudantes y del trompa de órdenes, tétrico, sombrío, pero enhiesto sobre su caballo de pelea, como un jinete de bronce.

Sus botas cubiertas de polvo se apretaban rancias sobre los anchos estribos de su montura.

La musculatura del fatigado bruto, se contraía por la acción regular, casi automática de un trote de muchas horas.

Cuando los dispersos, que en la sombra no se conocían, pudieron distinguir al general y los más próximos avisaron a los más distantes cuál era el rumbo que llevaba, una especie de atracción magnética hizo converger hacia su persona aquella desordenada falange.

San Martín, frío, sin acción sobre su caballo, marchaba por la huella carretera y así llegó hasta la hacienda de Quechereguas en cuyo estenso patio existía

una cancha de bochas. Todo dormía en aquel edificio: era la hora del amanecer y las primeras claridades de la aurora bañaban los campos.

El caballo sin ser aguijoneado por la espuela salvó el débil repecho de un madero que cerraba la entrada de la cancha y allí se detuvo San Martín; desmontó y sin mirar á ningún lado, sin decir una palabra caminó unos ocho ó diez pasos, se detuvo y arqueando rápidamente sus piernas, se echó de bruces contra el suelo y cruzando los brazos reposó en ellos su cabeza.

¡Qué tormentos no sentiría rugir en su cerebro aquel hombre agobiado por tan inmenso desplome!

Allí estaba el cóndor tendido y desfalleciente invocando al genio de la América esclavizada para que lo iluminase en la hora suprema. Caído, sin ejército, solitario, se veía allí donde dos días antes circulaban en torno de su tienda nueve mil combatientes intrépidos, con los que tenía segura la victoria.

¿Qué pensaba aquel nuevo anteo postrado sobre la madre fecunda, que debía vigorizar el templo de su espíritu?

¿Qué pensaba el héroe?

Pensaba en su patria cuya bandera veía enlutada; pensaba en Chile cuya independencia zozobraba á sus espaldas; pensaba en el Perú cuya libertad había jurado sobre su espada.

Triste, meditabundo, con las armas rotas, el paladín soberbio se debatía en la hora amarga de la prueba; quebrantado, impotente, sin hombres, sin cañones, sin oro; sin opinión acaso porque la opinión es la compañera inseparable del éxito y á él le seguiría solo la burla y el sarcasmo de la suerte.

En esa actitud permaneció algunos minutos sin hacer el más leve movimiento. Los ayudantes sin desmontar de sus caballos velaban su aparente sueño, mientras que el guerrero impasible y mudo, discutía el problema de su destino.

Entre tanto la gente dispersa empezaba á reunirse en torno de aquella cancha de bochas, donde con la rigidez de la muerte se veía tendido al general en jefe.

De repente el sol dominando magestuosamente la cumbre de los Andes, vertió sus resplandores oblicuos sobre la tierra de Chile y un rayo de su luz hirió como una flecha de fuego la negra y empolvada cabeza del soldado.

A su contacto, San Martín alzó la frente, y ágil, rápido como un atleta, se puso de pié.

Aquella ingrata noche había pasado.

Sobre la manga de su traje se veía una mancha lustrosa que parecía reciente. Era la lágrima de fuego con que el hombre pagaba su tributo de flaqueza al infortunio.

Miró á todos lados, y á todos lados vió á sus compañeros, sombríos, opacos, taciturnos, como si sobre todas aquellas cabezas hubiera escrito un cartel de ignominia. El polvo de la derrota era arena calcinada por el oprobio, y les quemaba la faz.

Comprendió que un ruido de fiera estaba contenido en cada uno de aquellos pechos varoniles que todos en silencio le demandaban venganza.

En estos momentos un jinete rompiendo aquella masa de hombres á caballo y á pié, con armas unos y desarmados otros, muchos estropeados, se precipi-

ta hacía el general y le entrega una tira de papel. Era un alférez de granaderos á caballo.

—Capitan, le dijo San Martin, mirando la gorra del ginete, ¿es cierto que el general Las Heras ha librado toda la division y los cañones de Chile?

—Es cierto, señor general.

—Bien, capitan, póngase al frente de esos grupos, y diríjalos hacía Rancagua.

¡Chile se ha salvado!

Montó en su caballo, llamó á sus ayudantes, y dando orden al trompa que lo acompañaba de obedecer al jóven capitan, se puso en marcha otra vez, adusto, impasible, sin hablar una sola palabra hasta encontrarse con el bravo Las Heras, que en esa noche habia sido la providencia de la patria. Allí le esperaba con la base de un nuevo ejército.

Maipó fué la revancha gloriosa de aquella sorpresa.

Las armas españolas que representaban la tiranía y las tinieblas feudales, vencieron en las sombras.

El ejército de la patria que simbolizaba la libertad, fué acariciado por la victoria á la luz espléndida del dia.

El guerrero caido en Talca, por la sorpresa, fundió en Maipó con el bronce de los cañones del rey, la columna indestructible de su gloria.

PELLIZA.

El bautismo de la caballería argentina

(1806)

El episodio que vamos á narrar es indudablemente una de las más bellas páginas, á la vez que la primera en el tiempo de los famosos ginetes del Rio de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural, los que adiestrados mas tarde por Alvear ó por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independencia hasta el círculo máximo del Ecuador donde hicieron flamear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos Aires, ausente el cobarde virey, la bandera inglesa tremolaba en el fuerte y las armas británicas eran señoras de nuestros rios y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo echando los ingleses á viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país y algunos españoles y trabajaban con sigilo en este propósito, lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo. Viéndose vigilados en la ciudad los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habian levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles, y otras armas destinadas á la caballería. Daba consistencia á estos proyectos la esperanza de una próxima expedicion que mandada por el capitan de navio Don Santiago Liniers, debia llegar desde la colonia y además tenian el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues, mandado por el Coronel Echeverria.

Entre los que más decididamente trabajaban por

obtener la reconquista hacíase notar el jóven porteño Don Juan Martin Pueyrredon, tipo varonil y hermoso, que apenas frisaba en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, habia conseguido levantar un escuadron voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, lo acompañaba en el reducto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar á la historia.

Habiendo llegado á noticia del gefe inglés, coronel Beresford, el proyecto que se tramaba, y el sitio donde tenian su recursos los defensores de la cautiva Buenos Aires, se resolvió concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 4º de Agosto, antes de rayar el alba de un dia frio y nebuloso emprendió su marcha al frente del regimiento N° 71, ocho piezas de artilleria y una veintena de ginetes. A las seis de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Perdriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced tributario del Lujan y que volcaba sus raudales á la altura del vado de Carupá. La presencia inesperada de los enemigos sorprendió á los revolucionarios y el primero en darse á una retirada que tenia todo el caracter de fuga, fué el gefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada, la caballería patriota no pudo ni supo resistir á los infantes del 71 y todo quedó perdido en poco más de una hora. Lleno de ira y de vergüenza el noble Pueyrredon invita á los soldados de su reducido plantel, para dar

una carga á los enemigos que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando acogida generosa á su proyecto se pone á su frente, y dá la primera y más brillante carga sobre las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos asombrados de tanto valor. Corren con la presa, pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañon, certeramente dirigida destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pié y con la espada centelleante en la mano. Los ingleses se precipitan, lo rodean y creen ya cierta su captura, cuando volviendo riendas uno de los mas audaces compañeros de Pueyrredon, clava las espuelas á su caballo atropella y destroza cuanto se opone á su paso, alcanza hasta donde está su gefe, hace jirar sobre los jarretes á su brioso animal y le presenta el anca gritándole ¡suba pronto! Pueyrredon, sereno, no se detiene y de un salto, como solo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa y parten como una saeta, dejando pasmados á los bravos ingleses.

Estos célebres ginetes que rompian las líneas del heróico 71, fueron los húsares de Pueyrredon, que once dias mas tarde, dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadron venido desde la Colonia á las órdenes del Capitan D. Benito Chaw. Así nació la caballería argentina, y así se bautizó en el fuego y en la gloria.

PELLIZA.

Obediencia á las leyes

El primero de los deberes que tenemos con la patria es el de obedecer las leyes establecidas. Hay dos clases de leyes: la ley *natural* y las leyes *escritas*.

La ley natural es la regla suprema de nuestras acciones, las cuales son buenas ó malas segun que estén conformes ú opuestas á ella. Es la ley de lo justo é injusto, del bien ó del mal en nuestras acciones y en nuestros pensamientos y palabras. Ella proviene de Dios, que al crearnos la ha escrito en la conciencia. Nuestra conciencia nos advierte cuando la violamos.

La ley natural es universal y no cambia nunca, porque descansa en principios inmutables. Lo que hoy es justo no puede ser injusto mañana. La ley natural se aplica en todas las circunstancias de nuestra vida.

Aún cuando las leyes escritas no nos impidieran apoderarnos de lo que no nos pertenece, ni atentar á la vida de nuestros semejantes, bien sabemos que esas acciones son malas. Si todos los hombres fueran suficientemente inteligentes y

virtuosos para no faltar á la ley natural, las leyes escritas no tendrían razón de ser. Desgraciadamente no es así. Hay hombres que ceden al interés ó á sus pasiones y violan el orden moral, matando, robando, calumniando á sus semejantes. De ésto proviene la necesidad de las *leyes escritas*, llamadas también leyes positivas que señalan los deberes y derechos de cada uno y cuya ejecucion está garantida por la fuerza.

El fundamento de las leyes escritas es la justicia. Las leyes escritas no deben ser más que la espresion de la ley natural, de la justicia eterna; tan es así que desde que una ley escrita se oponga á la ley natural, deja de ser obligatoria para la conciencia.

Para que las leyes instituidas en el interés general sean eficaces es menester que la voluntad legítima de cada uno, se sacrifique á la voluntad de todos, sin lo cual no habría más que anarquía.

La obediencia á los jueces es otro deber de todo buen ciudadano, pues ellos son los representantes de la ley y sus órdenes emanan de ella.

Se llama *sancion* el conjunto de recompensas y *penas* que se siguen al cumplimiento y á la violacion de las leyes. Por ejemplo, las leyes que pro-

hiben el robo tienen por sancion las penas prescritas por el Código contra los ladrones. La ley natural que prescribe la templanza, tiene como sancion, para los que la observan: la salud, la consideracion social, el sentimiento interno de su propia dignidad; para los que no la observan: las enfermedades, el desprecio de sus semejantes y el suyo propio.

Se puede afirmar, pues, que el hombre es castigado ó recompensado en la tierra:

1º Por sus semejantes: es la sancion social;

2º Por las consecuencias naturales que tienen nuestras acciones, malas y buenas: es la sancion natural;

3º Por la satisfaccion íntima ó por el remordimiento: es la sancion interna ó de la conciencia.

Servicio de las armas

El valor militar es uno de los rasgos prominentes del carácter del pueblo argentino. Pueden haber sido desgraciados nuestros ejércitos, pero jamás han sido cobardes.

Cuando nada turba ni amenaza á nuestra patria, la amamos, sin pensar en ella; pero cuando apa-

rece el peligro, el corazón se inflama de patrio ardor y cada uno sabe que ha llegado la hora del sacrificio.

Para defender la patria, se da todo: el reposo, la fortuna, la vida.

Cuando los sentimientos de la guerra la agobian, los ancianos, las mujeres, los enfermos, buscan el medio de hacerse útiles. La patria es una madre, y cuando su vida está en peligro, todos sus hijos la rodean y forman una muralla para defenderla. Faltar á este deber seria una cobardía y una traición á la vez.

Pero no debemos esperar á que suene la hora del peligro, para prepararnos á esa lucha gigantesca, que llamamos guerra. Para rechazar al enemigo son necesarios ejércitos numerosos, agueridos y disciplinados. Es por esto que el servicio militar es un deber riguroso para todo argentino; tratar de sustraerse á él, sería un crimen.

Llamado por la ley á sus banderas, el joven soldado no debe descuidar nada para hacerse un útil defensor de la patria. Su primer deber es el de someterse á la disciplina, sin la cual los ejércitos no pueden ser ni grandes ni fuertes.

La disciplina es el respeto de la jerarquía mi-

litar, la subordinacion de los de menor graduacion á sus superiores. La disciplina no se puede mantener si no hay obediencia y respeto. ¿De qué servirían los jefes si no hubiera quien obedeciera? Esta sumision á las órdenes de nuestros superiores, suele costar grandes sacrificios.

En la batalla de Ituzaingó, el general Alvear mandó al coronel Brandzen que cargara con su regimiento de caballería, y deshiciera los cuadros brasileros.

La muerte era segura; pero la obediencia á los jefes estaba sobre todo lo demás. El coronel cargó, deshizo los cuadros enemigos, perdiendo la vida. La batalla fué ganada.

Fidelidad à la bandera

La bandera, emblema de la patria, es la señal para reunirse y ayudarse mutuamente. Es necesario serle fiel, seguirla y defenderla. Abandonarla es hacerse culpable de un verdadero crimen.

La bandera de un regimiento es su representante; hay gloria en conservarla. A menudo, durante el combate, los enemigos tratan de apo-

derarse de ella: aquel á quien se ha hecho el honor de que la lleve, está doblemente expuesto.

Atravesada por las balas, humeando los jirones, pasa de mano en mano cuando el que la tiene ha sido herido, y á pesar de los sufrimientos, en la agonía de la muerte, se piensa en ella.

En la guerra de la independencia, un grupo de caballería argentina fué atacado por otro mayor de los enemigos. Despues de un sangriento combate, nuestros bravos granaderos á caballo se vieron obligados á retroceder; á su espalda tenian el mar, delante el enemigo, la retirada era imposible.

Pascual Pringles, uno de los oficiales argentinos, toma la bandera y viéndola perdida, se arroja con su caballo al agua. Los españoles, ante tal acto de heroismo le dieron la libertad.

El gobierno patrio premió esa noble accion, con un escudo que debian llevar en el brazo, los que hubiesen estado en el combate, y que decía:
Honor á los vencidos en Chancay.

Impuesto

« El trabajo que consiste en cultivar la tierra, labrarla, en construir habitaciones, tejer telas necesarias para nuestros vestidos, en una palabra, el trabajo que alimenta, viste y libra de la intemperie al hombre, no es el único género de trabajo que existe en la sociedad. »

Hay otra clase no menos indispensable: es el trabajo que consiste en proteger al labrador, al manufacturero, al constructor, al hombre de iniciativa. El soldado que lleva las armas, el magistrado que juzga, el administrador que organiza todos estos servicios, trabajan tan útilmente como el que ha hecho crecer el trigo, el que confecciona vestidos ó construye casas. Del mismo modo que el labrador produce grano para el que teje y éste tela para el labrador; uno y otro deben labrar y tejer para el centinela, para el que aplica las leyes y administra el país.

Es menester, pues, que el labrador, el tejedor, el albañil paguen los impuestos, cuyo producto está destinado á retribuir el trabajo y los afanes

de los que llevan las armas, de los que juzgan, de los que administran para ellos ¹.

Con el producido de los impuestos, el Estado construye puertos, canales, ferro-carriles, provee á la conservacion comun, ventajas de las que todos disfrutan.

No cumplimos pues, más que un deber de justicia pagándole regularmente.

El voto

El derecho de ser elector, es decir, de participar en la confeccion de las leyes, nombrando los diputados nacionales y provinciales que las proponen y votan; el de administrar la ciudad, villa ó pueblo, nombrando consejeros municipales imponen tambien ciertos deberes.

El primero es el de votar siempre que seamos llamados á hacerlo y no descuidar dar su boleta, sin prestarse á fraudes de ninguna clase. El indiferentismo por los intereses pátrios, no es disculpable en manera alguna.

El voto debe ser *libre*: el elector no debe ceder á ninguna influencia, á ninguna amenaza.

¹ THIERS.

Concienzudo: escoger siempre los hombres más honrados, los más capaces, los más dignos de la confianza pública.

Desinteresado: Las consideraciones de familia, de interés personal no deben dictar jamás un voto.

Ilustrado: Es necesario esforzarse en conocer las cualidades de los candidatos. No porque sea nuestro amigo, nuestro padre, debemos elegirlo, sinó porque le creemos capaz de manejar los intereses públicos.

El sufragio universal es el instrumento de la *soberanía nacional*, puesto que cada elector, al depositar su boleta en la urna, dispone de la paz, de la prosperidad del país, por la elección que hace de sus mandatarios.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO V

DEBERES CON LOS OTROS HOMBRES

La Sociedad. — Justicia y Caridad. — Respeto á la vida. — Respeto á la libertad. — Respeto á la propiedad. — Respeto á la palabra. — Respeto á la reputacion. — Fraternidad.

La Sociedad

La sociedad es la reunion de hombres que unen sus esfuerzos para realizar un fin comun; cada uno aporta su trabajo y sus aptitudes; todos se hacen mútuos servicios.

El hombre viviendo en sociedad disfruta de una série de ventajas que no tendría si estuviese aislado.

Si viviéramos solos, apartados de los demás hombres, no tendríamos padres cariñosos que nos amaran ni maestros que nos educaran, ni obreros que confeccionaran nuestros vestidos ni quien labrara la tierra para sacar de ella parte de nuestro alimento; seríamos, en fin, muy desgraciados.

Pero, felizmente, nosotros hemos nacido para vivir en la sociedad; el origen de ésta se remonta, segun la Biblia, á Adan.

La sociedad ha comenzado con la familia. Las familias han formado la tribu; una reunion de tribus se ha establecido en un punto y ha fundado una aldea, que despues por el acrecentamiento natural de la poblacion se ha convertido en una ciudad. La reunion de aldeas, villas y ciudades con los terrenos necesarios para cultivar el trigo, el maíz, las legumbres, hace la provincia.

Las provincias reunidas han formado el Estado, la Nacion. Generalmente los habitantes de un mismo suelo, tienen iguales costumbres, iguales creencias, iguales necesidades, el mismo idioma.

Los miembros de una misma sociedad tienen mútuos deberes que cumplir, para que ésta subsista. Todos estos deberes pueden resumirse en dos palabras: *justicia y caridad*.

Veamos, ahora, cuales son los deberes que encierran estas dos palabras.

Justicia y Caridad

Todos los deberes que tenemos con los demás hombres, se resumen en dos palabras: la *justicia*,

que consiste en no hacerles mal, y la *caridad*, que consiste en hacerles todo el bien que podamos. Ser justo, es respetar la vida, los pensamientos ú opiniones, la libertad, la propiedad y el honor de sus semejantes ó reparar los errores que uno mismo haya cometido. Estos deberes de justicia, están encerrados en esta regla: *no hagais á los demás, lo que no quisierais que hicieran con vosotros.*

Justicia. — Supongamos que un niño pegue á otro, hable mal de sus padres al maestro, ó que le quite un libro ú otra cosa que éste posea: ¿qué sucede entonces en el alma del niño castigado y calumniado? Conoce inmediatamente que el otro ha obrado mal, conoce que no es *justo* quitar á otro niño lo que le pertenece, y conoce tambien que los calumniadores y ladrones, son culpables. Pues bien, lo que uno no quiere que le hagan, no debe hacerlo á los demás.

Paseando un dia, por las calles encontré un niño que parecia buscar algo perdido. El niño lloraba de un modo que inspiraba lástima. — ¿Qué tienes? le dijo un señor que pasaba. — ¡Ah! señor, mi mamá me dió cinco centavos para comprar azúcar; los he perdido y me castigará si no los encuentro. —

Tu desgracia es reparable: toma estos cinco centavos y no llores más. Dicho ésto, el niño se alejó, pero no habría hecho el caballero unos cincuenta pasos, cuando sentí que corrían detrás mio, era el niño que le quería alcanzar. — Señor, dijo lleno de alegría, he encontrado mis cinco centavos; tome los suyos y muchas gracias.

El sentimiento de la justicia había hablado en el corazon de este niño.

Caridad. — No solamente tenemos deberes de justicia que cumplir con nuestros semejantes, sino tambien deberes de caridad.

La caridad no se contenta con no hacer mal á nadie; practica el bien; ayuda al desgraciado socorriendo al menesteroso. El caballero del cuento anterior fué caritativo porque dió al niño algo que no pertenecía á este último; hubiera sido justo sin darle nada, porque nada tenia que perteneciera al niño. Debemos querer á los demás, como á nosotros mismos, y portarnos con ellos, como quisiéramos que se condujeran con nosotros.

A todos gusta ser tratados con afabilidad y cariño; cuando estamos enfermos deseamos encontrar quien nos compadezca y si fuéramos tan

pobres que tuviéramos que pedir limosna, nos gustaria que nos la dieran. Y bien comprended ahora, queridos niños, que todos debeis ser caritativos. Pero la caridad que se hace para que la vea todo el mundo, no es caridad, pues entónces hay el propósito orgulloso de mostrarse caritativo.

La caridad mas oculta y mejor intencionada es la única meritoria á los ojos de Dios y de los hombres.

El Eco

La pequeña Georgina se hallaba un dia en la pradera y se puso á gritar:

— « Hop, hop, hop ! »

En el mismo instante, oyó repetir las mismas palabras en un bosque vecino.

Creyendo que alguno se ocultaba detrás de los árboles, preguntó asombrada: — ¿quien está ahí?

La voz misteriosa repitió las mismas palabras.

— ¿Quien eres?; preguntó de nuevo la niña.

— ¿Quien eres? repitió la voz.

— ¡Tú eres necia! exclamó Georgina, indignada, conociendo que la voz era de una niña de cinco años como ella.

Las mismas palabras le fueron devueltas.

Georgina, muy enfadada, llenó de denuestos á la niña invisible.

— Majadera, bestia, imbécil! gritó con ira.

El eco le repitió con fidelidad tan lindos calificativos.

Entonces Georgina, sin hacer caso de su niñera que la llevaba, entró en el bosquecillo y empezó á buscar por todos lados, á la insolente que la insultaba ; miró atras de todos los árboles, pero á nadie vió y hubo de retirarse á su casa, porque ya anochecía.

Al llegar contó á su mamá lo que le habia sucedido, diciéndola que una niña mala se había escondido en el bosque para injuriarla.

— Tú vendrás conmigo á paseo mañana y la castigarás, ¿verdad, mamá? exclamó la niña echándose en los brazos de su buena madre.

Esta que la adoraba, le devolvió tiernamente sus caricias, la sentó en su falda y le dijo :

— Por esta vez, hija mia, te has equivocado, solo ha sido el eco de tus propias frases : si hubieras dicho en el bosque una palabra afectuosa, el éco te hubiera devuelto tambien otra igual ; y asi sucede, hija mia, en las cosas de la vida ; la conducta de los otros, es el éco de nuestros propios procederess para con ellos ; si somos buenos, indulgentes y afectuosos, hallaremos buenas y benévolas á las personas que tratemos ; pero si criticamos con acritud, si juzgamos con ensañamiento, si mentimos, si calumniamos, esperemos todo el daño imaginable, porque las personas ofendidas se vengarán y tendrán mil razones para hacerlo.

— Pero ¿y si nos hacen mal á nosotros? preguntó Georgina, que tenía para su edad una gran penetracion.

— Entónces, hija de mi alma, debemos volver bien por mal ; seamos el éco dulce que enseñe y no el éco que devuelve las injurias ; el alma es un espacio inmenso, mas puro, mas luminoso que el del bosque ;

en nuestra alma debe resonar siempre el himno del amor y de la caridad, porque es hechura é imájen de Dios.

MARIA DEL PILAR SINUÉS.

El Aguador

(Relacion de un cura párroco)

Hace algun tiempo vino á verme la mujer de un aguador, llamado Jacquemin, padre de tres niños, que solo ganaba un peso diario, con el fin de pedir algun socorro para una mujer indigente, imposibilitada y por lo mismo sin poder ganar su subsistencia. — «¿Dónde vive esa mujer? la pregunté. — En mi casa. — ¿Desde cuándo? — Hace diez meses, ahora empieza el oncenio. — ¿Cuánto os paga por mes ó por día? — Nada, señor — ¿Cómo, nada? — No tiene sobre qué caerse muerta; desde que está en casa hago un poco más de sopa y come con nosotros. — Pero vos no tenéis medios de hacer ese sacrificio; ¿os ha prometido al ménos que tarde ó temprano podrá pagaros de algun modo? — No nos ha prometido nada y no promete sinó sus oraciones. — ¿No murmura vuestro marido? — Mi marido es muy bueno y no dice una palabra. — ¿Va á la taberna? — Nunca; lo que hace es matarse trabajando para dar de comer á sus hijos. — Hace diez meses.... es demasiado.... Estaba en la calle esta pobre mujer y me pidió la diera asilo por dos ó tres dias, pero ni Jacquemin ni yo tenemos corazon para despedirla de casa. — Pero buena mujer

¿cuántas piezas tiene vuestra habitacion? — Dos — ¿Cuánto os cuesta? — Pagaba diez nacionales al mes pero nos han subido á catorce. — Pues creo que deberias pedir para vos el socorro. — Gracias á Dios, yo no pido nada mientras mi marido y yo podamos trabajar; me avergonzaría de importunar á nadie por nosotros. — Está bien; tomad, buena mujer, he aquí diez nacionales para.... — ¡Oh, qué contenta se va á poner la señora Petrel!...»

Lágrimas de alegría surcaban el rostro de aquella mujer caritativa; era ella á quien yo quería dar aquel dinero, pero la dejé en su error, error que la honraba sobremanera! — Decid á la viuda Petrel que tanto os debe, que presente una solicitud para ser admitida en un hospicio y que me la entregue á mi; yo me encargo de lo demás.

La viuda fué colocada en un hospicio excelente.

¿No es este un ejemplo que merece citarse? ¡Diez meses de asistencia, casa y alimento dados sin esperanza de recompensa, por la indigencia laboriosa á la indijencia imposibilitada!....

BARRAU.

Respeto á la vida

El primero de los deberes de justicia que tenemos con nuestros semejantes, es el de respetar la vida y la libertad humanas.

El asesinato ú homicidio voluntario es, pues,

un crimen, el mayor de todos los crímenes, puesto que al quitar la vida á un semejante se le priva de todos los derechos de que disfrutaba con ella.

El derecho de legítima defensa no se opone á la ley que condena al homicida. Es un deber importante y que debemos cumplir, el de la propia conservacion. Si somos atacados injustamente, si un asesino nos asalta de improviso y no pudiéramos sustraernos á sus golpes, sinó con la fuerza, podemos, si el peligro es grave, matarlo para no ser muerto por él. Ambos tenemos el deber de no atentar á la vida de los demás: el asesino que viola el primero este deber, sufrirá las consecuencias de esta violacion. La guerra es tambien un caso de legítima defensa.

El duelo. — Si bien tenemos el derecho de dar muerte á un agresor injusto, cuando no hay otro medio de salvar nuestra vida, no lo tenemos cuando se trata de nuestro honor. A pesar de la creencia general de que hay ultrajes que no se lavan más que con sangre, no podemos cuando realmente hemos perdido el honor, recobrarlo por la muerte de nuestro enemigo ó por el valor que habremos mostrado, sucumbiendo á sus golpes.

La pérdida de nuestro honor, no nos autoriza á disponer de nuestra vida ó de la de quien creemos que nos le robó.

Disponer de la vida de otros, es vengarse ó hacerse justicia uno mismo, lo que, en ningun caso, nos es permitido; disponer de la vida propia, es sustraernos á los deberes que ella impone. Así, pues, el duelo no es ménos contrario á la ley moral que á la sana razon.

Al deber de respetar la vida de nuestros semejantes, se une el de no atentar contra su cuerpo, con golpes y violencias.

El duelo evitado

Un oficial general irlandés que habia servido durante cuarenta años, sin haber propuesto ni aceptado jamás un desafio, refiere del modo siguiente una anécdota de su vida: «Provoqué, dice, el resentimiento de uno de mis compañeros de armas muy querido y respetado de todo el cuerpo. Parecióme que habia merecido algunas leves reconvenciones en ciertos casos, y con este motivo hablé de ellas en un idioma que no conocia aún bien, lo cual fué causa de que me sirviese de una voz cuyo sentido no comprendia. Creyóse insultado, se levantó, dejó la compañía y me desafió. Le contesté que esperaba tener con él

una esplicacion que le quitaria las ganas de batirse ; pero sin embargo, prometí acudir á la cita. Fuí, en efecto, acompañado de todos los que habian oido la espresion que provocó el desafío y delante de ellos me eché toda la culpa, declarando que habia profesado términos cuyo verdadero sentido ignoraba. Mi contrario entonces arrojó léjos de sí la espada y nos echamos en brazos uno de otro. « Vine aquí, dijo, con intencion de sepultar mi espada en el seno de un hombre que estimo y quiero; esta idea me hace estremecer. » Todos los circunstantes dieron muestras de la mas viva satisfaccion y convinieron en que el duelo es una costumbre bárbara, y que un gobierno cuerdo debe refrenarla por todos los medios posibles.

El cólera en Buenos Aires

Con la rapidez del rayo entró el cólera en Buenos Aires el año 1869, ejerciendo sus estragos lo mismo en las casas de los pobres que en los grandes palacios, esparciendo la muerte en el seno de una poblacion amilanada ya y presa del terror.

Espantados los habitantes de aquel mal devastador, quieren aislarse unos de otros. ¿ Serán abandonados los atacados ? No, porque la humanidad va á hacer prodigios. Animados los médicos de un celo tan grande como el peligro, piden á la ciencia nuevos secretos; para ellos no hay hora de reposo, ni de dia ni de noche; todos sus instantes están consagrados al deber, á los peligros, á la fatiga, y en todos los puntos de la capital se establecen ambulancias; desde los

diversos puestos en donde se ha distribuido esta docta y valerosa milicia, vuela al primer llamamiento del dolor, siguiendo sus pasos farmacias portátiles hasta el lecho de los enfermos.

Pero el número de estos se multiplica. ¿Cómo bastar á todo? Mas hé aquí que llegan auxiliares: ¿y quiénes son? los hijos de las familias mas ricas desertan de sus lujosas moradas para ir á instalarse en las bohardillas y en los hospitales: son enfermeros voluntarios que van sembrando el oro, prodigando sus cuidados, permaneciendo al lado de jergones infectos; su celo suple su experiencia, su caridad triunfa de la repugnancia, su perseverancia desarma la muerte.

La mujer reclama tambien su parte sublime en los servicios y en los peligros. Los ministros de la religion se multiplican por todas partes, llevando consuelos y socorros. Jamás ofreció el celo de la humanidad un espectáculo mas patético, una rivalidad mas heroica.

BARRAU.

Un caballo desbocado

Un carruaje, en el que se encontraban dos señoras y dos caballeros jóvenes, corria con furiosa velocidad arrastrado por un caballo desbocado en derechura al rio Lujan, en ocasion de hallarse éste muy crecido por una tempestad. Presenciando el peligro Isidoro Mason, padre de una familia numerosa que sostiene únicamente con el producto de su trabajo, corre á alcanzar el caballo para sujetarle, pero llega un poco tarde, pues no puede impedir que el carruaje y los

viajeros se sumerjan en unas aguas profundas y cenagosas.

Uno de los jóvenes caballeros habia podido salvarse llegando á nado á la orilla, pero el otro y las dos señoras iban á perecer, porque para colmo de desgracia la corriente les llevaba bajo las ruedas de un buque; el jóven habia ya desaparecido en el cieno del rio. Lleno de sangre y sin tomar aliento, se arroja Masson al agua, vestido como estaba, salva las señoras en primer lugar, y zambulléndose de nuevo, consigue asir al jóven, que desde el fondo del abismo, solo la agitacion que comunicaba al agua en las ánsias de su agonía, indicaba el sitio donde iba á espirar, y le lleva á la ribera con unánime aplauso de los numerosos espectadores de aquella accion heróica á que nadie habia tenido el valor de contribuir.

BARRAU.

Sublime abnegacion de dos negros

He aquí la historia de algunos náufragos, á consecuencia de un incendio, que presenta actos sublimes de la más generosa adhesion.

La goleta *Las Seis Hermanas*, su capitan Hadoul, navegaba de las islas Secheles, en la Oceanía, para la Isla de Francia, trasportando mercaderías y algunos pasajeros. Habia dado la vela con un dia magnífico, y todo parecia prometer una feliz travesía. El canto de los marineros se mezclaba al ruido de las olas, y el capitan conversaba con madama Malfit, jóven viuda que venia como pasajera en el buque.

Apenas habia terminado el dia, cuando se dejó oír del fondo de la cala el grito de ¡fuego! ¡fuego! Aquello provenia de una imprudencia inesplicable; el incendio se propagaba con una rapidez aterradora.

Toda la energía, toda la actividad, toda la fuerza humana son empleadas en el instante mismo para contrarestar el horrible peligro. ¡Ah...! ¡Inútiles esfuerzos! El viento se levanta, y el incendio vence; el fuego sube, se dilata, y pronto rodea enteramente con un círculo de llamas la embarcacion que parece va á sumergirse.

Era el 4° de Agosto de 1819, la tarde de un hermoso dia, de que cada cual se habia felicitado, y que todos deploraban ahora entreviendo que podia ser el último de su existencia.

Un bote que habia escapado de los estragos del fuego, ofrece el único medio de salvacion; tripulacion y pasajeros se precipitan en desórden, y entran en él treinta y ocho individuos.

¡Desesperacion! En aquel bote, demasiado pequeño para contener á todos con comodidad, no quedaba sitio suficiente para que el piloto pudiese operar y librarlos del naufragio, si se alzaba una tempestad.

Las olas se encrespaban ya y la tormenta rugía en lontananza.

No hay remedio; el bote demasiado lleno para que persona alguna pudiese maniobrar, va á desaparecer bajo las olas. El capitan y los marineros deliberan acerca del partido que se ha de tomar. La salvacion del mayor número exige algunas víctimas; es menester desembarazar la embarcacion de los individuos que la sobrecargan. ¿A quién se sacrifica? ¿sobre

quiénes recae la eleccion? Dos negros prodigaban sus cuidados á madama Malfit, su ama, que moribunda de terror en el fondo del bote, tendia los brazos hácia un hijo suyo á quien la nodriza daba el pecho á su lado. Las siniestras miradas de los marineros se dirijian á las dos caras negras; la eleccion estaba hecha. Pero, ¿cómo arrojar á la mar aquellos vigorosos africanos cuya atlética fuerza opondria una fuerte resistencia á las voluntades homicidas? No hay duda que se defenderian, y semejante lucha en medio de un bote que el menor movimiento puede sumergir, haria inminente la pérdida de todos.

« Es menester (dijeron) empezar por las mujeres. »

La tempestad redoblaba su violencia; no habia que perder un momento. Un negro de los que habia oido la sentencia, tocó en el hombro á su hermano de color; cambió con él en voz baja algunas palabras cortas y animadas; luego dirigiéndose á la señora de Malfit, le dijo: « El y yo, hacer lugar. Volver á ver buena señora en el cielo » y volviéndose al capitan, continuó con tono firme: « Capitan, salva ama querida. Nosotros ahora mismo á la mar. »

La señora Malfit deshecha en llanto, arranca en aquel momento á su hijo del pecho de la nodriza, y le estrecha contra su seno. « ¡Pobre amito, nosotros besarlo! » (exclamaron con trasporte los dos negros llegando sus atezados rostros á la blanca cabeza del angelito). « Adios, ama! nosotros al agua...luego allá arriba! » y señalaban el cielo con la mano. En el mismo instante ambos se lanzaron al mar...

¡ Sí; tan sublime sacrificio es digno de su eterna recompensa!

Aquellas dos víctimas son bastantes ; queda sitio para armar dos remos y todos se salvarán ó perecerán juntos.

Durante ocho dias anduvieron errantes á la venturalos pobres náufragos en el océano indiano, sin mas víveres que un poco de carne salada y muy escasa provision de agua. Al noveno dia, el capitán divisó tierra ; era la isla de Digue á donde abordaron felizmente. Tres dias despues, todos se embarcaron en un buque pequeño, pero muy velero, para dirigirse á Mohé, la principal de las islas Secheles, que habia sido el punto de partida de aquel triste y desastroso viaje.

SASTRE.

Respeto á la libertad.

De nada serviría la vida, si no tuviéramos el poder de emplearla para cumplir el fin que nos ha sido fijado de antemano : el cumplimiento de nuestros deberes. Si no nos pertenecemos, si no somos más que un instrumento del interés de los demás, no podríamos cumplir ese fin propio y entonces nuestra vida perderia todo su mérito ; por ésto es, que la libertad de nuestros semejantes debe sernos tan sagrada como su vida.

La libertad de conciencia es la primera y la mas inviolable de todas las libertades ; el mas in-

violable y el primero de todos los derechos ; es pues, un deber de estricta justicia respetar la libertad de conciencia de nuestros semejantes.

De este deber, se deriva el de respetar la libertad de las acciones y movimientos de los demás hombres, los que pueden usar sus facultades y sus fuerzas, como mejor les convenga, siempre que no hieran los derechos del prójimo.

Nuestra conciencia no puede manifestarse libre, no siéndolo nuestras acciones y movimientos. Si estuviéramos obligados por otro á hacer lo que ella nos prohíbe ó impedidos de ejecutar lo que nos mande, tampoco seríamos libres.

Si no hay libertad de conciencia no puede existir tampoco la libertad en las acciones, movimientos, etc.

La esclavitud es la privacion de la libertad de varios hombres ; es un atentado á la libertad individual.

Todos los pueblos civilizados la han combatido como la representacion de la barbarie. En la República Argentina no hay esclavos.

Respeto á la propiedad.

El hombre no puede conservar su vida, sinó con la ayuda de objetos materiales que hemos llamado *bienes externos*.

La propiedad es la posesion legítima de estos bienes.

El derecho de propiedad entraña el de hacer el uso que queramos del objeto poseido, el de donarlo ó trasmitirlo á nuestros hijos, y tambien el de enajenarlo.

La propiedad es un derecho; por lo tanto nos está expresamente prohibido atentar á la de nuestros semejantes.

No solamente se roba tomando el dinero ageno del bolsillo; se roba, apropiándonos de cualquier manera de lo que no es nuestro. Un comerciante que no da el peso justo de la mercadería que vende, ó que engaña al comprador en la calidad de ella, comete un robo verdadero.

Se roba no pagando las deudas contraidas y tambien cuando se contraen con la seguridad de que no podremos pagarlas.

Respeto à la palabra

La sociedad no subsiste si no hay entre todos sus miembros un cambio recíproco de servicios.

Hay servicios libres y voluntarios llamados comunmente favores, y otros que son materia de contratos y convenciones, compromisos recíprocos que ligan á los hombres.

Vuestro padre necesita un criado; conviene con él el sueldo y las demás condiciones: la palabra está dada, no hay contrato. El criado está obligado á servir bien á su amo y éste debe pagarle la suma estipulada y tratarlo con afabilidad.

Pero, necesita vuestro padre arrendar un campo, y firma un contrato con el dueño del terreno; la palabra está dada, la palabra escrita. El debe pagar el dinero convenido; el dueño debe dejarle en posesion del campo para que lo utilice.

Tanto en este como en el ejemplo anterior la palabra ha sido empeñada por ambas partes.

En todos los pueblos hay leyes que exigen el cumplimiento de la palabra escrita y penas para los que despues de haber gozado de las ventajas del objeto, no cumplen su compromiso y que aun

no hubiera leyes, nuestra conciencia nos obligaría á cumplir, pues éste es uno de los mas estrictos deberes de justicia.

Hay casos en que el deber se confunde con el interés. Un jornalero debe hacer lo mejor posible su trabajo y está en su interés, pues así le seguirán dando ocupacion.

En otros casos el interés está en oposicion con el deber. El interés debe ser sacrificado. Una señora viuda estaba en la indigencia; apenas podia comprar el alimento necesario para sus tres hijos. Una noche encuentra una cartera que contenía gran cantidad de dinero. Para ella, era una fortuna. Nadie la ha visto guardarse la cartera; su interés le dice que la conserve, pero su deber es buscar al dueño y entregársela. Así lo hizo, porque era una señora honrada.

Bartolomé de las Casas ¹

Bartolomé de las Casas, héroe del cristianismo, abrazó el estado eclesiástico y marchó á América, descubierta hacia poco, para trabajar por la salvacion y libertad de los indios, que eran tratados por los

¹ Nació en Sevilla en 1474 y murió en Madrid en 1566.

españoles con inhumanidad. Despues de haber dirigido inútiles amonestaciones á aquellos hombres crueles se resolvió las Casas á volver á Europa para hacer presente á Cárlos V las quejas de los oprimidos. Aunque pobre y sin protectores, no temió denunciar como mónstruos y tiranos á hombres poderosos por sus riquezas, por su crédito y su poder. La voz de aquel apóstol generoso fué oída, y se suavizó la suerte de los pobres indios. Nombrado las Casas obispo de Chiapa¹, regresó á América. Sin embargo, á pesar de las órdenes de Cárlos V, comenzó de nuevo la persecucion contra los indios; con riesgo de su vida, se dedicó las Casas á defenderlos y consolarlos, cumpliendo este deber sublime por espacio de cincuenta años con infatigable ardor y caridad evangélica, sin cesar de dar ejemplo de todas las virtudes.

Respeto á la reputacion

El honor es parte de nosotros mismos; es tan necesario á nuestra existencia como la vida y por lo tanto, está prohibido á todos privar de él á los demás, aún cuando los hechos que se imputan sean perfectamente exactos.

Los atentados contra el honor son : la *injuria*, la *calumnia* y la *difamacion*.

« La *injuria*, es toda palabra ó accion ejecutada en menoscabo del honor y reputacion. »

¹ Ciudad de Méjico.

« La *calumnia* es la falsa imputacion de un delito castigado por la ley » ¹.

« La *difamacion* consiste en dar á conocer las acciones malas que haya cometido otro hombre.

La calumnia siempre es mentirosa mientras que la difamacion se apoya en hechos ciertos. El interés general nos autoriza á denunciar un crimen no castigado aún; pero nada nos da el derecho de inmiscuirnos en la vida privada de un hombre para exhumar todo lo que pueda deshonrarla. Por esto es que la difamacion es punible y castigada por las leyes en algunos paises.

El honor es una propiedad moral que es preciso respetar como la propiedad material.

Fraternidad

¿Por qué llamamos *nuestros semejantes*, á los demás hombres?

Porque á pesar de las diferencias exteriores que los distinguen, reconocemos en ellos una naturaleza igual á la nuestra, facultades idénticas, aunque con distinto desarrollo.

¹ HERRERA, *Curso sumario de filosofía moral*.

Estamos, pues, en el mundo respecto á nuestros semejantes en la misma situacion del hermano con el hermano en el seno de su familia. Poseedores de un mismo origen puesto que tenemos en el cielo un Padre único ; unidos por la comunidad de sentimientos, afecciones, ideas, necesidades y deberes, puesto que hemos sido creados con la misma naturaleza y facultades, llamados, en fin, á cumplir un solo y mismo destino y sostenidos todos en la labor comun por las mismas esperanzas, ¿cómo no formaríamos una sola familia, un solo pueblo de hermanos?

La fraternidad del género humano es una verdad de conciencia.

« Pero, no basta que la fraternidad humana sea considerada como un principio proclamado por la razon ó que exista como un sentimiento en el fondo de nuestro corazon, es necesario que se manifieste en nuestros actos y sea la regla suprema de las relaciones con nuestros semejantes, sea en la vida pública, sea en la vida privada. Todos los hombres sin distincion de rango, de origen, de nacionalidad, de creencias están obligados á ayudarse mutuamente con toda la enerjía de su voluntad, con todas las luces de su inteligencia, en

el cumplimiento de deberes que los unen entre sí y que les imponen, las mismas condiciones de existencia, la misma tarea que llenar, el mismo destino. » ¹

Cuando hemos respetado á los demás, - cuando no hemos ahogado su inteligencia, ni maltratado su cuerpo, ni atentado á sus bienes ¿podemos decir que hemos cumplido todos los preceptos morales? Un desgraciado sufre á nuestra vista. ¿Está tranquila nuestra conciencia con la seguridad de no haber contribuido á sus dolores? No; algo nos dice que debemos darle pan, socorros, consuelos. Y sin embargo, ese hombre que sufre, que va á morir quizá no tiene el menor derecho sobre la menor parte de nuestra fortuna, así sea esta inmensa; si él recurriera á la violencia para arrancarnos un óbolo, cometeria una grave falta. Nos encontramos aquí con un nuevo orden de deberes que no corresponden á los derechos.

El hombre puede ocurrir á la fuerza para hacer respetar sus derechos; pero no puede imponer á otro un sacrificio, por menor que éste sea. La justicia *respeto* ó *restituye*; la caridad *da*.

« No se puede decir que el ser caritativo no es

¹ FRANCK, *Moral*.

obligatorio; pero es menester que esta obligacion sea tan precisa para nosotros, tan inflexible como la de la justicia. La caridad es el sacrificio. ¿Quién puede encontrar la regla del sacrificio? Para la justicia, la fórmula es clara: respetar los derechos de los demás. Pero la caridad no conoce ni reglas ni límites. Ella sobrepasa á toda obligacion. Su belleza está precisamente en su libertad.» ¹

¹ COUSIN

CAPÍTULO VI

RELACIONES RESPECTO Á LOS BIENES

Economía. -- Prodigalidad. -- Funestas consecuencias del juego y de la ambicion. -- Avaricia. -- Ahorro.

Economía

El hombre tiene otras necesidades además de la de mantenerse. Le son necesarios vestidos para abrigarse y cubrirse, una habitacion para resguardarse de la intemperie, armas para defenderse si le atacan y medios de locomocion para trasladarse de un punto á otro. El conjunto de estos objetos, forma lo que llamamos *bienes exteriores*.

A parte de estos objetos tan diversos y necesarios, tenemos todavía la *tierra*, de la que el hombre saca preciosos recursos, y el *dinero* (oro, plata ó billetes de Banco) que puede cambiar por otras mercancías ó por la *tierra* misma.

Todos poseemos algo: vosotros teneis ropas, libros, juguetes. Aunque los debais á la genero-

sidad de vuestros padres, decís : son míos. Mas tarde, recibireis de vuestros padres ó adquirireis por el trabajo, otros bienes. Será necesario siempre gastar con moderacion y poseerlos con espíritu de orden y conservacion. Dos son, pues, los escollos que debeis evitar : disiparlos y quererlos demasiado.

Prodigalidad

La prodigalidad consiste en el empleo desordenado de las riquezas. No debemos apasionarnos de éstas, como el avaro que sufre privaciones de todo género, por miedo de perderlas, porque entónces no somos nosotros los que nos servimos de ella, para vivir con la decencia necesaria, sinó que ellas son las que nos dominan y esclavizan hasta el punto de hacer de nuestra vida entera, una vida dedicada á contemplarlas.

Es necesario no caer en ninguno de los dos extremos; ambos son nocivos. En general los jóvenes son los que corren más peligro de ser derrochadores, porque les falta experiencia y prudencia.

El disipador pronto llega, sea cual fuese su fortuna, á contraer deudas y quien se coloca en

estado de tener necesidad de ellas, se desliza por esta pendiente con aterradora rapidez. Padres llenos de energía y de amor al trabajo, han conseguido formarse despues de largos años de sufrimientos una posicion mediana para su vejez y á su muerte un hijo pródigo disipa en pocos meses lo que garantía una existencia feliz para su familia.

Es un mal que se hace á sí mismo, pues cuando le blanquee el cabello y las piernas se nieguen á sostenerle, tendrá que pedir limosna á los mismos que le conocieron rico y entónces conocerá sus faltas y morirá desgraciado.

« Quien vá á contraer una deuda, dice Franklin, vá á buscar una mortificacion. ¿Habeis pensado bien lo que hiciste cuando os cargasteis de deudas? Dais poderes á un extraño sobre vuestra libertad. Si no podeis pagar el dia prefijado, tendreis vergüenza de ver á vuestro acreedor; tendreis miedo al hablarle; os rebajareis hasta escusaros con tanta humildad como sea necesaria para inspirar lástima; poco á poco, no sereis francos y perdereis el honor, mintiendo de la manera más despreciable. »

Un hombre que ha nacido libre, no debe sonro-

jarse, ni temer hablar ni mirar al rostro á nadie; pero á menudo la pobreza borra todas las señales de la virtud. «Una bolsa vacía no puede permanecer parada».

La economía es pues, un deber ineludible para la conservacion de la dignidad.

Desde niños debemos acostumbrarnos á no ceder á los deseos que tengamos, deseos que nuestra fantasía hace mayores de lo que son en realidad.

El alfiler

Toda la ambicion de Laffitte cuando llegó á Paris en 1788, se cifraba en conseguir un modesto empleo en una casa de banca. Presentóse en casa de Perregaux, rico banquero, y el jóven forastero, tímido, pobre y turbado, fué introducido en el gabinete de dicho señor y le manifestó sus deseos.— «No me es posible admitirle á V., al menos por ahora, dijo Perregaux; todos los empleos están ocupados. Mas tarde, si necesito alguno, pensaré en V., pero le aconsejo que busque en otra parte, porque no creo que haya plaza vacante en mucho tiempo.»

Despedido así, el pretendiente saludó y se retiró. Al pasar por el patio, triste y cabizbajo, vió un alfiler en el suelo, le cogió y le clavó en la solapa de la levita. Muy léjos estaba de creer que aquella accion maquina! habia de decidir de su porvenir.

Perregaux, que estaba de pié al lado de la ventana de su gabinete, habia seguido con la vista al jóven. El banquero era uno de esos observadores que conocen el valor de las cosas mas ínfimas y juzgan del carácter de los hombres por esos detalles fútiles en apariencia y sin consecuencias para el vulgo. Habia visto recoger el alfiler, y aquel rasgo le agradó; tan sencillo movimiento le revelaba todo un carácter, pues era una garantía de orden y economía.

Aquella misma noche recibió Laffitte una carta de Perregaux en que le decia: « Un empleo espera á V. en mis oficinas: puede venir á desempeñarle desde mañana. »

El jóven mostró una dedicacion y habilidad poco comunes. Ascendió rápidamente hasta llegar á ser sócio, dueño de la casa á donde habia entrado veinte y cinco años atrás, con la esperanza de un modesto empleo que le permitiera subvenir á sus necesidades. Mas tarde ocupó puestos públicos que desempeñó con el aplauso de todos.

Pero, lo mas noble de este corazon, lo que no habia previsto sin duda, N..., era que la mano que recojia un alfiler era una mano generosa hasta la prodigalidad cuando se trataba de hacer bien; una mano siempre abierta y pronta á derramar el oro para socorrer las desdichas con la honradez. Nunca fué mejor empleada la riqueza, ni nadie como él hizo tan buen uso de ella.

BARRAU.

Funestas consecuencias del juego y de la ambicion

El hombre ni tampoco los animales pueden trabajar siempre. El reposo y la distraccion son necesarios á nuestra naturaleza. Vuestros juegos, niños, son saludables y nadie os reprochará por jugar cuando lo haceis en las horas que no están destinadas al trabajo. Pero al lado de las diversiones útiles, hay juegos que pueden presentar verdaderos peligros. Esto sucede cuando en vez de jugar por distraccion, lo hacemos con el móvil de lucrar, de ganar dinero.

El único medio natural para adquirirlo es el trabajo, recurriendo al juego trastornamos lo que está dispuesto como regla en este mundo y esta violacion no puede ménos que ser costosa y de consecuencias espantables. El jugador olvida sus deberes, olvida que tiene padre, madre, hermanos, esposa é hijos; tarde ó temprano pierde todo lo que posee y absorbido por esa pasion del juego, estafa, roba, mata y para en la cárcel ó en el hospital. Pero supongamos que la suerte le haya sido siempre favorable; el deshonor y la miseria de las personas á quienes ha ganado su dinero, pesa

como un crimen en su conciencia. La vida le es odiosa; tiene que serle odiosa, pues el desprecio de la gente honrada y el de su propia conciencia lo tendrá en perpétua ansiedad, esperando el castigo que el criminal conoce merecer.

La ambicion produce iguales resultados. «Hay una noble emulacion que conduce á la gloria; pero la ambicion, este insaciable deseo de elevarse siempre y sobre las ruinas de los demás, es un vicio mas pernicioso aún que la misma pereza.» Es un deseo legítimo y noble, tratar de mejorar su posicion, ilustrar su nombre haciéndose útil á sus semejantes, pero es una cobardía alcanzar los altos puestos, apoyándose y hundiendo á los demás. Todos debemos contentarnos con lo que tenemos, que por humilde que sea nuestra posicion, el hombre juicioso siempre encuentra en ella, algun consuelo.

La ambicion ha producido más muertes y desgracias, que los mas horribles cataclismos. Pero siempre, siempre el ambicioso ha recibido el castigo merecido. El ambicioso no repara en los medios; para él no hay afecciones; trata de servirse de todo para ascender, hasta del honor de su familia y el suyo propio.

Avaricia

Es muy laudable que un hombre trate de adquirir por medios lejitimos, honestos, un bienestar para si y para su familia; siempre que sea con el deseo de hacer *útiles los bienes* á los que nos rodean. De este modo, ayudan á cumplir el fin para que hemos sido creados; pero jamás deben ser el objeto final de nuestros esfuerzos.

El amor al ahorro, para llegar un dia á gozar de los bienes terrenales, no es el único abuso que aquí debemos señalar; al lado de los hombres que quieren enriquecerse para gozar, están los que atesoran por atesorar, hombres para los que la posesion de riquezas es la dicha suprema.

En efecto, el avaro no ahorra para llenar sus necesidades, él mismo las aminora á costa de su cuerpo; su dinero le es mas precioso que su salud, que su vida, que él mismo; todas sus acciones, todos sus cálculos y afecciones se relacionan con este fin indigno. No se preocupa tampoco de ocultar á los ojos del público, de la sociedad, sus miserables inclinaciones.

La edad y la reflexion curan, por lo general,

las demás pasiones, mientras que la avaricia parece reanimarse y tomar nuevas fuerzas en la vejez. — Cuánto más avanza el momento fatal en que todo debe desaparecer, tanto más se apegan á las riquezas; la muerte se acerca y esconde cuidadosos su miserable tesoro.

Se cuenta que una mujer, mendiga hacía largo tiempo, atacada de una enfermedad mortal, vino á llamar á la puerta de su hermana, pobre tambien. Cuando conoció que llegaba sus últimos momentos, hizo acercar á su hermana al lecho: «Ves, le dijo, esta cofia de seda negra que tengo puesta; en ella tengo mucho dinero porque la tengo desde que mi madre murió. — Pero prométeme no tocarle y entierrame con él.»

Cuando murió, su hermana quiso arreglarle la cofia que se habia salido de la cabeza de la difunta. Sintió entonces, cierta tiesura y descubrió una gran cantidad de billetes de banco que estaban cosidos entre el forro y la tela. La desgraciada muerta queria llevar á la tumba, recursos que no habia aprovechado por avaricia, y que hubieran bastado para sacar de la miseria á toda su familia.

Hay niños avaros que han reunido algun dinero, centavo por centavo, no para poder hacer

alguna benéfica limosna, alguna útil compra, ó un fondo de reserva para proteger á sus padres si tuvieran necesidad, sinó para formar un pequeño tesoro y gozar mirándole, contando y recontando, acariciándole como si fuera una persona querida. A vuestra edad, nada vale ser rico, querido niño, y si sentis nacer en vuestro corazon el deseo de atesorar por atesorar, debeis combatirle á toda costa.

Fin trágico de un avaro

Un acaudalado del siglo XVIII, llamado Thoynard, habia juntado una suma muy considerable, privándose durante muchísimos años de todas las dulzuras de la vida. Desconfiado, como todos los avaros, se asustaba al menor ruido que oia, temblando por su querido tesoro. Para preservarle de todo peligro, llamó un dia á un albañil para que construyese un retrete subterráneo, donde pudiese entrar por medio de un escotillon movido por un muelle secreto. Conviniere en el ajuste, y habiendo prometido el albañil guardar el secreto mas inviolable, construyó el subterráneo aposento, bajo la vigilancia de Thoynard, abriendo y cerrando por dentro y fuera la tabla movediza que franqueaba ó interceptaba la entrada.

Todo lo examinó el avaro con atencion, y despues de haber ensayado repetidas veces el mecanismo, despidió al trabajador, pagándole muy á pesar suyo,

la cantidad prometida. Todos los días iba á visitar su querido tesoro y creyéndose allí en seguridad, contemplaba con delicia, durante horas enteras, las relucientes monedas de oro, contándolas y recontándolas encima de una mesa.

Un día, mientras estaba mirando fijamente aquellos montones de oro, se apaga de repente la luz. Quiere salir el avaro, y no puede atinar el secreto. En su inquietud, hace vanos esfuerzos para levantar el escotillon, y no pudiendo conseguirlo, grita desahoradamente, implora socorro; pero su voz se estrella en las paredes del subterráneo. Así pasan muchos días sin que nadie sepa lo que le ha sucedido, y toda su familia estaba en la mayor inquietud. La noticia de su desaparicion corre por toda la ciudad y llega hasta oídos del albañil que habia construido el cuarto subterráneo; este hombre sospecha que el mecanismo de la trampa se ha desarreglado y corre á revelar el secreto á un magistrado. El juez va á casa del avaro con el albañil, levantan el escotillon y ven con horror á un hombre sin vida encima de un tesoro.

Ahorro

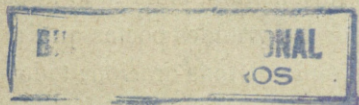
El ahorro, consiste en separar de las ganancias diarias, despues de satisfacer con templanza nuestras necesidades, una pequeña parte, que se destina para el caso probable de una enfermedad, de una desgracia ó para aliviar nuestro cuerpo de

sus rudas tareas cuando llegue la vejez y estemos imposibilitados de trabajar.

El trabajo nos dignifica, aleja los pensamientos criminales y conserva nuestra independencia. Pero el hombre debe tratar de adquirir un bienestar para su familia, para no estar sujeto á las alternativas de la suerte. Esto se logra por medio del ahorro.

Siempre tenemos deberes que cumplir con nuestra familia y si no, con nuestros semejantes. Tenemos padres que debemos sostener en la edad madura, esposa que amar é hijos á los cuales es preciso educar en la práctica del bien y de la virtud.

Por otra parte, no basta cuidar de su familia sinó que, tambien debemos ayudar al desvalido y socorrer al menesteroso. El porvenir es incierto y al hacer un favor, nos aseguramos un consuelo para el caso triste en que la desgracia entre en nuestro hogar. El ahorro es, pues, un deber que se impone, por nosotros mismos y por los demás.



CAPÍTULO VII

DEBERES PARA CON DIOS

Amor y respeto á Dios, como Criador y Providencia.

— El cumplimiento de los deberes que dicta la conciencia. — Tolerancia con los sentimientos religiosos bajo las diversas formas que se manifiestan.

Amor y respeto á Dios

El hombre no está en relacion solamente con la Naturaleza, con la sociedad y consigo mismo; á más de estas tres clases de existencias, él concibe otra con la cual no ha dejado nunca de comunicarse por sus acciones, sus pensamientos y sus sentimientos. El pensamiento de Dios ha ocupado su corazon, en todos los tiempos, Dios tiene nombre en todos los idiomas, en todas las lenguas por incultos y bárbaros que sean los pueblos que las hablan; su nombre se invoca en todos los códigos, en todos los juramentos; él ha sido la causa de la inspiracion de los grandes poetas que le han cantado, á él se remonta toda oracion; todo sacrificio; á él se unen las últimas esperanzas de este mundo.

Faltaria á la Moral una parte esencial y no tendria su coronamiento, si no se elevara hasta Dios, si no buscara los vínculos que con él nos unen, cuales son los deberes que nos impone su naturaleza y la nuestra.

El hombre debe conocer á su Creador. Forzoso es, pues, comenzar convenciéndonos de su existencia.

El estudio de los atributos de Dios, de su ley, de sus promesas, es pues, el primer deber que debemos cumplir con él. La grandeza, la potencia, la inmensidad y la belleza de sus obras, hacen nacer en nuestros corazones un *respeto* profundo.

Newton, el célebre sábio, se descubria la cabeza, todas las veces que oia pronunciar el nombre de Dios. ¿No son insensatos y culpables esos hombres que niegan á Dios?

Este temor que despierta en nuestro corazon la grandeza y poder infinitos de Dios, nos harian estar en una incertidumbre continua; la vida y el mundo se harian aborrecibles, condenados mientras vivamos á temer; desearíamos, entónces, vernos libres de ese Dios que amarga nuestra existencia.

« Si consideramos despues que ese Ser todopo-

deroso ha tenido á bien crearnos, á nosotros, de quien ninguna necesidad tenia; y que al crearnos nos ha colmado de beneficios, que nos ha dado este admirable universo para gozar de sus bellezas siempre nuevas, la sociedad para engrandecer nuestra vida con la de nuestros semejantes, la razon para pensar, el corazon para sentir y la libertad para obrar; sin desaparecer el respeto ni el temor, se unirá á estos dos sentimientos otros mas dulce: el del *amor* »¹.

Estos dos sentimientos: el *respeto* y el *amor* componen la *adoracion*. Se adora á Dios, respetándole y amándole.

El reloj de Fenelon

En una hermosa tarde de verano, paseábase Fenelon, con un niño, confiado á sus cuidados. El cielo resplandecía iluminado con rayas de fuego, rojizas y amarillentas.

El horizonte mezclaba los últimos reflejos dorados del sol poniente y la atmósfera tenia ese color melancólico que respira calma, grandeza y majestad.

El niño, preguntó la hora á Fenelon. Este sacó su reloj: eran las siete de la tarde. «¡Qué hermoso reloj, dijo el niño. ¿Quereis dejarmelo ver?» Fenelon le

¹ HERRERA.

dió el reloj y como el niño lo examinara con atencion, suspenso al ver lo maravilloso de su mecanismo: « ¡ Cosa rara! querido Luis, dijo distraidamente Fenelon; este reloj se ha hecho por sí solo ».

— Por si solo! repitió el niño, mirando asombrado á Fenelon y sonriéndose.

— Si, por si solo, un viajero le encontró en no sé qué desierto. Y solo se ha hecho.

— Eso es imposible, dijo el niño; el señor me engaña.

— No, hijo, no te engaño. ¿ Crees imposible lo que te digo?

— ¿ Pero un reloj, señor, no se hace por sí solo.

— ¿ Y por qué no?

— Porque se necesita inteligencia para organizar todas estas rueditas que se mueven con tanta precision y que hacen caminar las agujas que señalan las horas, los minutos y hasta los segundos. No todos los hombres lo harian. Y que se haga por si solo, es imposible; jamás lo creeré. Os han engañado, Señor!

Fenelon abrazó al niño y mostrándole el cielo que brillaba sobre sus cabezas:

— ¿ Qué diremos, entónces, querido Luis, de los que pretenden que todas esas maravillas se han hecho por sí solas, por sí solas se conservan y afirman que no hay Dios?

— ¿ Y hay hombres tan insensatos que digan eso?

— Si, hay quienes dicen eso, aunque son pocos, gracias á Dios; ¿ pero habrá quien lo crea? Yo no sabria decirlo; tanta violencia deben hacer á su razon, á su corazon, á sus instintos, á su buen sentido que es imposible creer que existan hombres que nieguen á Dios.

El autor de todas estas maravillas, es un sér que ha creado á los demás seres, sin ser creado él por nadie; á ese sér, le llamamos Dios. Es infinito, pues nada limita su sér; es eterno, es decir, que no ha tenido principio ni tendrá fin, es todopoderoso, justo, bueno, santo, perfecto é infinito en todas sus perfecciones.

Es nuestro primer principio y nuestro último fin; y la felicidad, en este y en el otro mundo, consiste en conocerle, servirle y amarle.

El cumplimiento de los deberes que dicta la conciencia

La práctica de nuestros deberes con Dios, constituye el *culto*.

El culto es interior cuando los sentimientos de amor, de respeto, de gratitud y de adoracion están en nuestra alma, pero no hay manifestacion exterior de su existencia. Pero el hombre no es solo un espíritu; es un alma unida al cuerpo. Del mismo modo que el alma sufre cuando sufre el cuerpo, si el alma está poseida de un sentimiento fuerte y poderoso, no puede menos que manifestarlo por algun signo exterior. Además ¿por qué el cuerpo no rendirá tambien homenaje á nuestro Dios? El culto exterior despierta por sí mismo el culto *exterior*.

El culto exterior es, á su vez, *privado y público*. El culto exterior privado consiste en las prácticas por las cuales, el hombre, en su casa, solo, revive y fortifica en su alma el recuerdo y el pensamiento de Dios. La oracion hecha al levantarse y acostarse, es una costumbre sencilla y que contribuye poderosamente á reanimar el sentimiento religioso.

El culto exterior público consiste en las ceremonias que muchos hombres, pueblos enteros de las mismas creencias, hacen por sí mismos ó por medio de sus sacerdotes, para rendir públicamente testimonio de su fé y dirigir en comun sus súplicas á Dios.

« El género humano no sabria reconocer y amar á su Creador sin mostrar que le ama, sin querer espresar este amor con una magnificencia proporcionada á aquel á quien ama » ¹.

La práctica del bien es el mas imperioso deber que tenemos para con Dios. De nada serviria ser creyente, si las obras no corresponden á esa piedad.

« Es menos estimable el fervor hipócrita del que alardea una piedad que en realidad ni siente, ni

¹ FENELON.

practica, que la sinceridad de aquel que, huérfano su espíritu de sentimientos religiosos, persevera en la práctica del bien, sustituyendo con el deber la fé de que carece » ¹.

Tolerancia de los sentimientos religiosos bajo las diversas formas que se manifiestan

Todas las cosas tienen siempre un lado bueno, sobre el que debemos fijarnos, mas bien que sobre el malo.

Tal discípulo vuestro es vivo, impaciente, á menudo os incomoda, pero tiene, en cambio, un corazon generoso.

« Vos que os quejais de que os hacen sufrir, ¿creeis que á nadie haceis sufrir? Si el prójimo tiene defectos, nosotros no somos perfectos tampoco; es preciso ser tolerante con los demás, para que ellos lo sean con nosotros.

Si teneis relacion con otros niños que no tienen vuestras mismas ideas religiosas, no hay razon alguna para perder ó entibiar esa amistad. Nuestra conciencia es libre, ya lo hemos dicho. Ella puede

¹ HERRERA.

creer lo que quiera, siempre que sus actos no nos perjudiquen. En otros tiempos, muchos hombres han muerto víctimas de sus creencias religiosas. Pero entonces, este precioso derecho de la libertad de conciencia, era oscurecido y violado por los mismos encargados de protegerle. Cristianos y mahometanos, católicos y protestantes, cegados por un loco fanatismo han querido imponer sus creencias á los demás hombres. Nada han conseguido pues la conciencia no se esclaviza.

Todos los hombres son nuestros hermanos y no podemos probar mejor la superioridad de nuestras creencias, más que mostrando que ellas nos hacen buenos y virtuosos.

El bien no sufre las variaciones de la fé; la señal que distingue á todos los hombres buenos de los malos, es la práctica del bien; si una persona que profesa otra religion lo practica, es honrada, caritativa, cumple con el primero de los deberes que tenemos para con Dios. Nuestra guía, pues, en el camino de la vida, es el deber y debemos unirnos á todos los que encontremos en la misma senda, para cumplir mejor, por la ayuda mútua, los altos fines para que hemos sido creados.

Mala conciencia y buena conciencia

El maestro de escuela de una aldea, estaba un día dando lección á los niños del lugar, y éstos, sentados alrededor suyo, le escuchaban con suma atención, porque su modo de enseñar era tan sencillo como eficaz. Hablaba en aquel momento de la buena y mala conciencia y de la voz secreta del corazón.

Cuando hubo acabado, preguntó á sus discípulos :

—¿Cuál de entre vosotros puede hacerme una comparación sobre este asunto ?

Uno de ellos se levanta y dice :

—Yo podría decir una, pero no sé si es justa.

—Veamos cuál es, respondió el maestro ; y el niño continuó de este modo :

—Comparo la intranquilidad de la mala conciencia á lo que experimenté un día cuando los soldados enemigos, pasando por nuestra aldea, se llevaron por fuerza á mi padre con su caballo. Toda la familia lloraba amargamente y mi madre en medio de su dolor, me envió á la ciudad para saber noticias suyas. Fui en efecto allá, y volví á casa muy tarde y sumamente afligido, porque no había hallado á mi padre.

Era una noche oscura de otoño : bramaba el viento entre las encinas, los abetos y peñascos, oyéndose á la par el chillido de los buhos y lechuzas. Abrigaba el fatal presentimiento de haber perdido á mi padre, y se me representaba á cada momento el dolor que iba á desgarrar el corazón de mi madre al verme llegar solo y sin noticias de aquel á quien buscábamos. Esta idea me sobrecogió de un temblor mortal ; hasta el movimiento de una hoja me llenaba de espanto

y pensaba en mí mismo : « Hé aquí lo que debe experimentar el hombre que lleva consigo una mala conciencia. »

— ¡ Niños ! dijo entónces el maestro, ¿ querías andar así, en medio de las tinieblas, buscando en vano á vuestro padre, y no oyendo más que la voz de la tempestad y los chillidos de las aves de rapiña ?

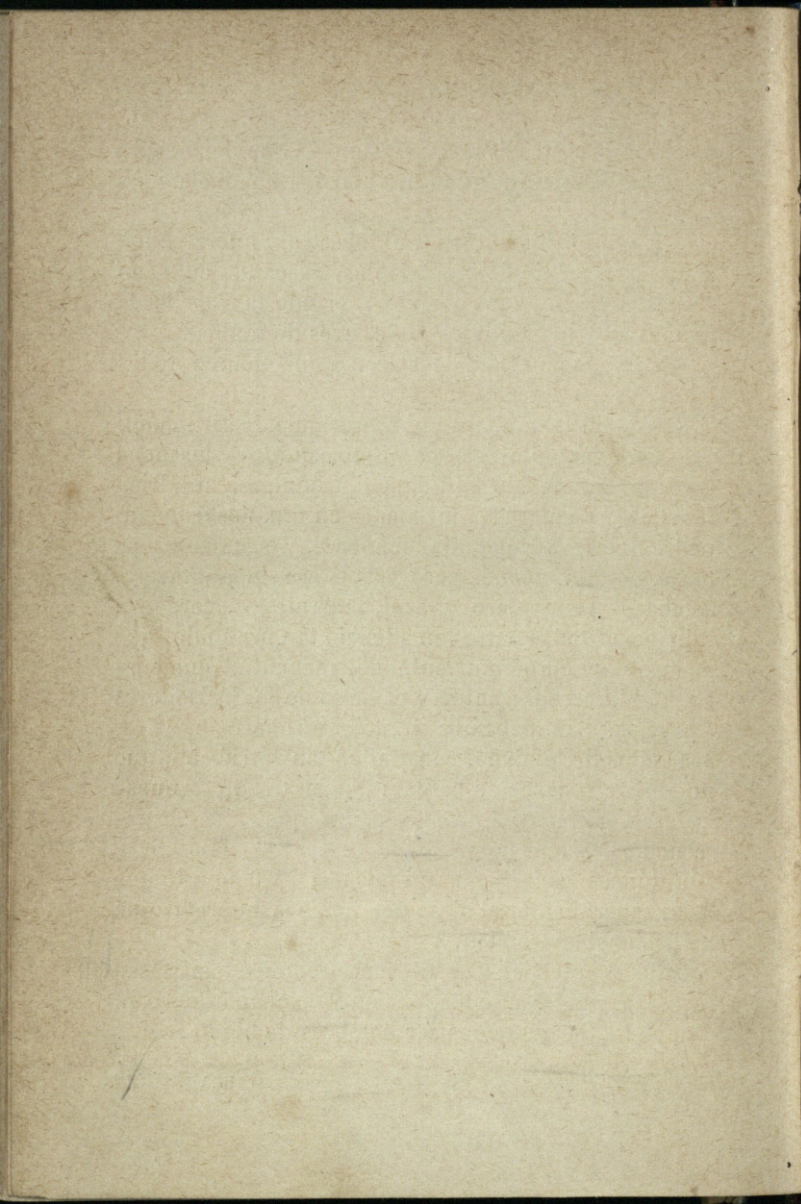
— « ¡ No, señor ! » contestaron á un tiempo todos los niños estremecidos.

En seguida el niño narrador prosiguió de este modo :

— Otra vez anduvimos el mismo camino mi hermana y yo : habíamos ido á la ciudad á comprar mil frioleras para regalarlas á mi madre en una fiesta que mi padre queria darle al día siguiente. Regresamos ya tarde, por la noche, pero como era la primavera, estaba el cielo claro y azul, la naturaleza serena y reinaba en todas partes un silencio tan profundo, que apénas si se oía el murmullo del manantial que corría á lo largo del camino y el canto de los ruisseños á lo léjos. Caminábamos juntos, mi hermana y yo, agarrados de la mano, con ánimo tan satisfecho, que no teníamos ganas de hablar ; á poco trecho de nuestra casa, hallamos á nuestro padre, que salía á esperarnos.

Entónces me dije á mi mismo : « Hé aquí lo que debe experimentar el alma del hombre honrado que ha hecho siempre bien. »

Calló el muchacho, y el maestro miró amistosamente á sus discípulos, quienes exclamaron á un tiempo : « Sí, queremos ser hombres de bien ».



ÍNDICE

	Páginas
ADVERTENCIA.....	2
INTRODUCCION.....	3

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Deberes para consigo mismo. — El cuerpo : aseo, sobriedad, gimnasia. (Ejemplos: <i>Glotonería; Juan Salazar</i>). — Perjuicios de la gula y embriaguez. — El alma. — Veracidad, estudio, trabajo. (Ejemplos: <i>Amor á la verdad; Desclieux; El trabajo es la independencia</i>). — Aversion á la ignorancia y á la pereza. (Ejemplos: <i>La pereza</i>) — Modestia, paciencia, valor. — Dignidad personal. (Ejemplos: <i>La taza rota; El adulator castigado</i>).....	7
---	---

CAPÍTULO II

Deberes con los padres. — Obediencia, respeto, amor, gratitud. (Ejemplos: <i>Amor maternal; Lo que costamos á nuestros padres</i>). — Auxilio en las enfermedades y en la ancianidad. — Amor y proteccion entre los hermanos. (Ejemplo: <i>Amor fraternal</i>). — Afabilidad con los sirvientes. (Ejemplo: <i>Miguel Angel</i>). — Buen trato á los animales.....	35
--	----

CAPÍTULO III

Deberes en la escuela. — Asistencia. Aplicacion. Deberes con el maestro. Deberes con los condiscípulos. (Ejemplos: <i>Los jóvenes escolares de Passy; Los niños de la escuela de Stanz</i>).....	52
---	----

CAPÍTULO IV

- Deberes con la Patria. — Grandeza y porvenir de la República. Deberes con la patria (Ejemplos: *La hora de la prueba*; *El bautismo de la caballería argentina*). — Obediencia á las leyes, servicio de las armas, fidelidad á la bandera, impuesto, voto..... 61

SEGUNDA PARTE

CAPITULO V

- Deberes con los otros hombres. — La Sociedad. — Justicia y caridad. (Ejemplos: *El eco*; *El aguador*). — Respeto á la vida. (Ejemplos: *El duelo evitado*; *El cólera en Buenos Aires*; *Un caballo desbocado*; *Sublime abnegacion de dos negros*). — Respeto á la libertad. — Respeto á la propiedad. (Ejemplo: *Bar-tolomé de las Casas*). — Respeto á la reputacion. — Respeto á la palabra. — Fraternidad..... 79

CAPITULO VI

- Relaciones respecto á los bienes. — Economía. — Prodigalidad. (Ejemplo: *El alfiler*). — Funestas consecuencias del juego y de la ambicion. — Avaricia. (Ejemplo: *Fin trágico de un avaro*)..... 104

CAPITULO VII

- Deberes para con Dios. — Amor y respeto á Dios como Criador y Providencia. (Ejemplo: *El reloj de Fenelon*). — El cumplimiento de los deberes que dicta la conciencia. — Tolerancia con los sentimientos religiosos bajo las diversas formas que se manifiestan. (Ejemplo: *Mala conciencia y buena conciencia*)..... 116

SC
P

LT

1888

LAM

